

Eugenio COSERIU

*El llamado «latín vulgar» y las  
primeras diferenciaciones romances.*

*Breve introducción a la lingüística  
románica*

Montevideo 1954

Universidad de la República - Facultad de  
Humanidades y Ciencias

Instituto de Filología Románica - Departamento  
de Lingüística



## I. EL LATÍN “VULGAR”

1. Se dice a menudo que las lenguas romances no proceden del “latín, sino del “latín vulgar” o “latín popular”. Parecería que se opusiera con esto a la lengua latina, el “latín” sin adjetivos, otra lengua distinta y más o menos separada de ella. En efecto, los romanistas del siglo pasado imaginaron un latín vulgar concebido de esa manera, es decir, como “otra lengua” hablada en la República y en el Imperio Romano, una lengua “del pueblo”, opuesta a la lengua de las clases cultas, es decir, al latín de la literatura, al latín de los autores. Se basaban dichos estudiosos en toda una serie de hechos:

a) en la existencia de muchas palabras que son evidentemente latinas y que se corresponden en todas las lenguas romances o, por lo menos, en algunas de ellas, pero que no se encuentran en el latín de la literatura;

b) en el hecho de que entre los mismos autores latinos hay varios que se oponen al latín culto o literario (sermo urbanus) un latín más libre, más familiar (sermo cotidianus) o más popular (sermo plebeius, sermo vulgaris) o dialectal, regional (sermo rusticus);

c) en palabras y formas no clásicas que se encuentran en escritores anteriores a la época clásica (por ej., en Plauto), en las inscripciones, en varios escritos de menor empeño (por ej., cartas familiares) de autores clásicos, como Cicerón.

2. El primero que delimitó científicamente el concepto de latín vulgar fue el fundador de la moderna gramática comparada romance, el gran romanista alemán Federico Diez. Diez, autor

de la primera gramática comparada (1835) y del primer Diccionario etimológico de las lenguas románicas, derivaba, en efecto, las lenguas romances de lo que él llamaba Volkslatein (latín popular, latín del pueblo), y que identificaba con la lengua hablada de la época imperial por los legionarios, los comerciantes, los colonos, los funcionarios,; una lengua distinta del latín clásico en la fonética, en la morfología, en la sintaxis y en el vocabulario.

En realidad, al establecer dicho concepto. Diez no hacía sino consagrar una tradición que venía desde la Edad Media y que oponía al latín (es decir, al latín literario de la época clásica) el habla vulgar (romance), considerada como corrupción del latín clásico o, también, como la antigua base del mismo. Y tal tradición medieval procedía, a su vez, de una tradición más antigua, que arrancaba ya en el siglo IV d. C., cuando, por primera vez, se hizo clara y neta la distinción entre latine y vulgo, entre el latín literario y el latín corriente. Contribuyó a fortalecer el concepto de “latín vulgar” el romanticismo, con la tendencia considerar más legítimo, más genuino y más significativo lo “popular” (y no sólo en la lingüística), tanto que se llegó a considerar el “latín vulgar” como el “verdadero latín”, “todo el latín”, el latín sin adjetivos (cf. Por ej., “Los orígenes neolatinos” de Savj-Lopez), opuesto al latín más o menos “artificial” de la literatura. Las lenguas romances procederían, pues, de ese latín sin adjetivos que tendría una individualidad distinta de la del latín clásico.

Eso es, naturalmente, indudable. Sólo que, al considerarse e “latín vulgar” como otra lengua, se pensó en una lengua más o menos homogénea, una lengua unitaria, hablada de manera prácticamente idéntica en las varias provincias del Imperio y a cuyas formas podrían hacerse remontar las formas de las lenguas romances. Contribuyó a dar a ese “latín vulgar” una individualidad concreta la gran obra de Hugo Schuchardt,

“Der Vokalismus des Vulgärlateins” (“El vocalismo del latín vulgar”), 1886-1869, a pesar de las sugerencias en contra que pueden encontrarse en la misma. Era ésa la época en que dominaban en la gramática comparada (indoeuropea) la idea del “árbol genealógico” de Schleicher y la de la reconstrucción de las llamadas “Ursprachen” (lenguas primitivas u originales), reconstrucción que, a pesar de la aparente y proclamada oposición a Schleicher, continuó con igual vigor en la época neogramática. Justamente como una especie de Ursprache de las lenguas romances fue considerado el “latín vulgar”, y el gran maestro de la lingüística románica, Wilhelm Meyer-Lübke (cuyo diccionario etimológico y cuya gramática han sustituido las correspondientes obras de Diez, y quedan hasta la actualidad como las obras fundamentales de esa disciplina) emprendió, en su “Einführung in die romanische Sprachwissenschaft” (“Introducción a la lingüística románica”; hay traducción española por Américo Castro, de la 1ra. Y de la 3ra. Edición alemanas), la tarea de “reconstruirlo”, basándose en las lenguas romances, consideradas, precisamente, como fases actuales del “latín vulgar”. De todos modos, se siguió pensando en una lengua más o menos homogénea, pues se consideraba que, por lo menos durante cierto tiempo, el continuo intercambio entre las provincias debió asegurar cierta unidad a la lengua hablada en todo el territorio romanizado del imperio.

Ese concepto que, en su esencia, es todavía el de Diez, constituye la razón y la base de nuestros manuales de “latín vulgar”, como “An Introduction to Vulgar Latin” de C. H. Grandgent (hay traducción española: “Introducción al estudio del latín vulgar”, Madrid, 1929), y hasta el más reciente “Avviamento allo studio del latino volgare” de Carlo Battisti (Barim 1949), que, justamente. Define el “latín vulgar” como «latín hablado por las clases medias en la época Imperial».

3. Un concepto distinto, de una especie de grado intermedio entre el latín clásico y el latín vulgar o del pueblo, es el que se delinea en la “Lateinische Umgangssprache” de J. B. Hofmann, donde se opone a la lengua docta o escrita la “lengua de la conversación diaria”, la lengua oral o corrientemente hablada, distinguiéndose de esta manera un “latín corriente”, lengua del uso diario, análogo al italiano corriente (“Italianische Umgansspracche”), estudiado y descrito por Spitzer, o al español corriente (“Spanische Umgangssprache”), estudiado por Werner Beinhauer: en este caso, más bien que de “lenguas” distintas regional o socialmente, se trata de estilos, de “lenguas” diferenciadas en lo estilístico (particularmente por el grado de expresividad o efectividad), de “lenguas-estilo” (Stilprachen).

Otro concepto distinto es el que aparece en el ensayo de K. Vossler, “Neue Denkformen in Vulgärlatein” (“Nuevas formas del pensar en el latín vulgar”), en el cual se opone al latín clásico o literario un latín vulgar distinto no sólo cronológica y socialmente, sino también íntimamente, por la distinta visión del mundo y al distinto espíritu que en él se expresan.

4. Éstos y otros estudios han contribuido a modificar, ampliar y volver menos rígido el concepto de “latín vulgar”, al mismo tiempo que los adelantos teóricos de la lingüística general (debidos, en buena parte, a la misma lingüística romance) llevaban a una profunda modificación del concepto de lengua y a nuevas concepciones acerca de la reconstrucción y de la continuidad histórica de una lengua.

En primer lugar, la “lengua” no se considera más hoy como algo completamente objetivo, casi como un organismo con vida propia que existiera fuera de los hablantes e independientemente de su actividad lingüística. El lenguaje es

creación individual, es continuo movimiento, y su única realidad concreta es la de los actos lingüísticos individuales, sobre cuya base, justamente, se estructura como abstracción, como “sistema de isoglosas” (Cf. Pisani) el concepto de lengua. Los límites de una “lengua” glotológicamente constituida, de un sistema de isoglosas, son, pues, convencionales: dependen de las isoglosas con extensión máxima que se consideren. Por consiguiente, aun refiriéndonos a un solo momento histórico, podemos tomar en consideración ciertas isoglosas de amplitud máxima y considerar como una “lengua” todo el latín (incluyendo el latín literario y el popular, el escrito y el hablado, el docto y el corriente, etc.), o considerar, en cambio, otras isoglosas de amplitud menor y distinguir, dentro del mismo latín, varias “lenguas” (cada una de las cuales, naturalmente, presentará ciertas isoglosas específicas, pero, al mismo tiempo, también varias isoglosas en común con las demás “lenguas” pertenecientes al mismo sistema). La extensión del concepto de “latín vulgar” dependerá, por lo tanto, de los límites convencionales que se le impongan, pero varios fenómenos comprendidos dentro de tales límites pertenecerán también a otras “formas” de latín (por ej., al llamado “latín clásico”).

En segundo lugar, ya no se piensa más, hoy, en lenguas unitarias y perfectamente homogéneas: la unidad de una lengua es dada por las isoglosas de amplitud máxima que la constituyen, pero dentro de ellas pueden siempre constituirse sistemas menores, todavía más unitarios. No hay lenguas no diferenciadas: el mismo indoeuropeo común, prototipo de las “lenguas” reconstruidas, no era, según indicó Meillet, sino un conjunto de dialectos que, además, aparecían diferenciados socialmente.

En tercer lugar, hoy ya no se consideran los resultados de la reconstrucción lingüística como fenómenos históricamente concretos y simultáneos, y, sobre todo, no se identifica la

“lengua” reconstruida con la totalidad de una lengua hablada por un a determinada comunidad de una época determinada. La reconstrucción es ella misma una abstracción y contiene sólo aquellas formas que se continúan por las formas sucesivas consideradas y explican estas mismas formas: así, por ej., sobre la base de las grandes lenguas romances, no podríamos reconstruir un latín octo sino sólo un oct- (la vocal final podría ser tanto o como u), y, por lo que concierne a septem, sólo podríamos llegar a una forma septe. Además, las formas reconstruidas de ninguna manera pueden considerarse como históricamente contemporáneas: mientras una eran todavía comunes, otras podían ya haberse diferenciado y entre la diferenciación de las unas y de las otras puede haber una distancia de siglos: así, por ej., una forma como flores, reconstruida sobre la base de las lenguas romances occidentales y mantenida hasta la actualidad en español, es anterior a la forma septe, pues ya tenía ese aspecto cuando septe será todavía septem o septe (con vocal <e> nasal). Por otra parte, en ciertas lenguas consideradas pueden mantenerse formas antiguas, mientras en otras las mismas formas siguen evolucionando: así, por ej., una forma como muito es común al portugués y al castellano antiguos, mientras en portugués ella sigue siendo esencialmente idéntica, en castellano ha llegado a ser mucho. Las formas reconstruidas no constituyen, por lo tanto, un sistema simultáneo sino un sistema fuera del tiempo; pero, al mismo tiempo, son formas reales porque representan estadios a través de los cuales cada una de las correspondientes formas actuales debe haber pasado en cierto momento de su historia. Además, ellas no representan la totalidad de la lengua que se pretende reconstruir, sino sólo lo que de ella se ha conservado hasta el momento considerado, pues en la lengua reconstruida pueden haber existido otras formas, perfectamente normales y corrientes, que pueden haber desaparecido luego sin dejar ninguna huella, así como en el español actual no se conservan



verbos como exir o remanir, corrientes en español antiguo. Por ejemplo, basándonos en sólo en las lenguas romances actuales, si no fuera por el rumano y por alguna forma aislada conservada en las demás (topónimos) no podríamos reconstruir un genitivo desinencial latino, que fue sin embargo perfectamente corriente y popular en cierta época de la historia del latín y también del llamado latín “vulgar”: la reconstrucción, pues, cambia según los elementos que se empleen como punto de partida.

Finalmente, la historia de las lenguas no se considera más como historia de conjuntos unitarios, sino como suma de las historias de las formas y palabras que constituyen las lenguas mismas. Además, los fenómenos fonéticos y gramaticales no se consideran más como generales y simultáneos en todo un territorio, dado que, como queda demostrado por la geografía lingüística, ellas se difunden con las palabras desde un centro que, en último análisis, es en cada caso un individuo creador e innovador. Por consiguiente, considerando las formas y las palabras en un territorio, encontramos zonas en las que todavía se mantienen las antiguas y otras en las que ya se han difundido innovaciones. Justamente en este sentido interpreta y modifica el concepto de “latín vulgar” el lingüista italiano Mateo Bartoli “Per la storia del latino volgare”, Turín, 1927): no se trata tanto de una distinción entre dos “lenguas” (“latín clásico” y “latín vulgar”), o de las diferencias que siempre existen entre la lengua literaria y la lengua hablada (y que pueden haber existido desde la época más remota, pues la lengua literaria implica siempre cierta selección de formas y palabras, cierta unificación y codificación de la infinita variedad de lo hablado: en efecto, ciertos fenómenos y formas ya corrientes en el latín arcaico y que tienen su continuación hasta las lenguas romances nunca entraron en el latín literario), como de formas más antiguas y más recientes, conservaciones e innovaciones.

5. La diferencia entre latín clásico y latín vulgar sería, pues, una diferencia sobre todo cronológica, de edad de las formas: el latín clásico, constituido en sus comienzos por formas “vivas” (habladas) contendría un número cada vez mayor de conservaciones, de formas “muertas” (ya eliminadas de la lengua hablada), mientras el “latín vulgar” contendría un número cada vez mayor de innovaciones. Desde un punto de vista absoluto, un vocablo como pavor no sería ni más ni menos popular que metus, sino simplemente más nuevo en su empleo: metus era perfectamente “popular” en la época en que se difundió en Iberia (esp. Miedo), pero luego fue sustituido por pavor en Galia e Italia (peur, paura); y una palabra como pulcher fue “popular”, “viva”, hablada, en cierta época, pero luego “murió”, es decir que se eliminó de la lengua hablada: se conservó sólo en la lengua escrita y fu sustituida en el hablar corriente por formosus, vital hasta la actualidad en Iberia y Dacia (esp. hermoso, rum. frumus) y sustituida a su vez en Galia e Italia por el más nuevo bellus (fr. beau, it. bello). Entre las mismas formas que se atribuyen al “latín vulgar” (en el sentido de que tienen su continuación en las lenguas romances) hay notables diferencias cronológicas: algunas son más recientes que otras; formas como formosus y bellus no pertenecen con el mismo título al latín vulgar: no podemos decir que al pulcher del latín clásico corresponden en el latín popular formosus y bellus, sino sólo que mientras en la lengua escrita se conservaba todavía la forma muerta pulcher, en la lengua corrientemente hablada ya se decía formosus, y que éste luego fue a su vez eliminado, en ciertas regiones, por el aún más nuevo bellus. Ello quiere decir que, según la época en la que se considera el latín corriente o hablado aparece cada vez más apartado del latín literario, que prácticamente se detiene en su evolución en los últimos años de la República y los primeros años del Imperio, y, al mismo tiempo, aparece cada vez más diferenciado, abarca un

número cada vez menor de isoglosas generales. Ahora, dado que el latín queda en un estado más bien arcaico (en comparación con las demás lenguas indoeuropeas) hasta el siglo I después de Cristo, y luego empieza a evolucionar y a diferenciarse muy rápidamente, podemos comprobar que en cierta época (por ej., el siglo I antes de Cristo) las isoglosas que diferencian al latín corriente de latín literario son de tan poca entidad y son tan importantes, en cambio, las isoglosas que las dos formas de latín tienen en común que, prácticamente, podemos hablar de una sola “lengua”. En una época sucesiva (siglos III-IV d.C.) las isoglosas diferenciadoras aparecen ya más importantes y numerosas que las comunes; podemos, por consiguiente, hablar de dos “lenguas” distintas: el latín literario (o escrito, docto) y el latín corriente (hablado). Por otra parte, considerando ahora sólo el “latín corriente”, podemos comprobar que hasta ese segundo momento, y aún hasta algo más tarde (comienzos del siglo VI), las isoglosas generales que lo constituyen son lo suficientemente numerosas y más importantes que las que, dentro del sistema más amplio, constituyen ya sistemas menores más o menos diferenciados, tanto que podemos considerar el mismo latín corriente como una lengua única; en cambio, en un momento sucesivo (siglos VI-VII d.C.), este sistema ya resulta tan diferenciado internamente (es decir que ya las isoglosas que lo constituyen se vuelven menos numerosas y menos importantes que las que lo dividen en variedades regionales) que ya conviene considerar como “lenguas” los sistemas menores que de a poco se han diferenciado y han adquirido individualidad peculiar dentro del sistema mayor: los sistemas que llamamos “lenguas romances” o neolatinas.

Ahora, dado que al referirnos a la época en que el latín corriente o hablado coincidía en gran parte con el latín literario, no hablábamos de dos “lenguas” sino de una lengua única aunque variamente diferenciada, como todas las lenguas, quiere decir que lo que en realidad oponemos no es el latín corriente o

hablado al latín literario o escrito, sino más bien el latín en evolución y en continuo movimiento de diferenciación al latín codificado, prácticamente detenido en su evolución en el siglo I a.C., al latín clásico.

6. Todas esas modificaciones del concepto de “latín vulgar” son, en cierta manera, modificaciones “desde afuera”, debidas a los cambios registrados en la teoría y la metodología lingüísticas. Pero ellas coinciden con las modificaciones surgidas “desde adentro”, del mismo análisis del concepto y de su aplicación en la gramática comparada de las lenguas romances.

Colocándonos ahora en ese segundo punto de vista, debemos tener en cuenta varios factores:

a) Las diferencias dialectales en Italia, es decir, por un lado, las diferencias dialectales dentro de la misma zona latina y, por otro lado, las diferencias entre el latín de la zona latina y el de la zona conquistada: entre el latín del Lacio (y principalmente de Roma) y el latín que se sobrepuso a los dialectos itálicos y a otros idiomas de varia procedencia, asimilándolos y eliminándolos pero también aceptando de ellos formas y palabras, o sea el latín sin substratos históricamente determinables y el latín con substratos conocidos en la época histórica. Hay que tener en cuenta que el latín propiamente dicho era prácticamente la lengua de Roma, que en su misma región convivían con dialectos bastante distintos, aunque del mismo grupo (como el falisco), y que, hasta las guerras sociales (90-89 a.C.), zonas muy vastas de Italia (Italia meridional) quedaban casi enteramente oscas desde el punto de vista lingüístico. Las primeras inscripciones latinas revelan continuas oscilaciones entre el latín de Roma y otras formas dialectales “latinas” (o “latino-faliscas”), como entre el latín y los dialectos itálicos; y también una notable estratificación dialectal en

varias zonas (ver, por ej., la inscripción de la Fibula prenestina. Sólo después de las guerras sociales el latín de las inscripciones aparece más unificado, más homogéneo.

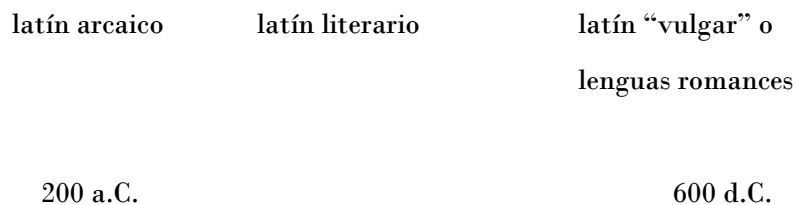
B) La forma particular bajo la cual el latín se impuso fuera de Italia (y también en la Italia septentrional). El latín se impuso en las provincias ya como lengua común, no mezclada con otros dialectos de la zona latina y tampoco con dialectos itálicos (pero, sí, con elementos dialectales, debidos al origen de los colonizadores): Sobre la base de esta comprobación, ciertos estudiosos consideran que hay que hacer una neta distinción entre Italia y los demás países romanizados. Así, Mohl considera que, mientras por lo que concierne a Italia se puede hablar de un latín “popular”, para los demás países romanizados habría que hablar más bien de un latín “administrativo”, más culto que el de Italia, el latín de los funcionarios y de los militares. Quizás esta distinción no es tan neta como quisiera Mohl, pero, indudablemente, existe y probablemente dé razón, por lo menos en parte, de la notable diversidad de los dialectos italianos, con respecto a las demás lenguas romances que, en general, aparecen más homogéneas. Pero también se podría hacer la distinción desde otro punto de vista, quizás no menos importante, es decir, observando que, mientras Italia fue romanizada por romanos y latinos, las demás provincias fueron romanizadas en buena parte por itálicos romanizados.

C) Las diferencias cronológicas entre las varias colonizaciones

En efecto, a pesar de que en la época imperial se llegó indudablemente a cierta unificación lingüística de la Romania (lo cual consiente o, por lo menos, justifica la ya vista identificación del latín hablado de esa época con el “latín vulgar” considerada como base de las lenguas romances), hay que tener en cuenta que el primer latín que se difundió en las varias provincias conquistadas no fue el mismo en todas y cada

una de ellas. En las primeras zonas conquistadas se difundió un latín todavía preliterario, que aún no había alcanzado la unidad y era, culturalmente, más popular: así, por ej., en Cerdeña. En otras provincias se difundió un latín más unificado y más “culturalizado”, como en Galia y en Iberia; y en otras, finalmente, un latín que se estaba nuevamente diferenciando: así en Dacia. Podría pensarse que, en los últimos años de la República y los primeros años del Imperio, el latín administrativo y militar no debía ser mucho más diferenciado que el inglés que se difundió en los Estados Unidos y en el Imperio Británico, quizá menos que el español que se difundió en América. Pero la romanización no se hizo sólo en esa época de relativa unidad lingüística, sino que abarca casi siete siglos: desde el 272 a.C. (conquista de Italia meridional) hasta el siglo IV d.C. (completa romanización de África), siempre excluyendo Grecia y el Oriente, que nunca fueron romanizados. Encuentran aquí terreno de aplicación las conocidas normas areales de Bartoli, en particular la norma del área aislada y la norma del área serior. Así, por ejemplo, en armonía con la norma del área aislada, encontramos en Cerdeña, zona conquistada en época muy antigua, formas arcaicas que se han conservado hasta la actualidad, mientras han desaparecido en otras áreas. La misma norma puede aplicarse también a Dacia, otra área aislada, pero, naturalmente, los fenómenos de conservación que comprobamos en el rumano no serán tan arcaicos como los de Cerdeña, porque Dacia fue colonizada mucho más tarde. A Dacia se puede aplicar también la norma del área serior; en efecto, en esa zona, que fue la última provincia conquistada, se difundieron las formas latinas de la época en que se colonizó (II siglo d.C.), pero, dado que Dacia quedó luego aislada del resto de la romanidad, en rumano se conservan formas que son anteriores a las formas nuevas que surgieron en Italia y se difundieron por todo el Occidente después del siglo III.

d) El hecho de que el latín nunca fue perfectamente unitario. En efecto, el latín arcaico se presenta como una lengua que admite una gran variedad de formas, y la relativa homogeneización que encontramos en el latín llamado clásico se debe, justamente, al hecho de que se trata de una lengua literaria, fijada, codificada y unificada en un período relativamente breve por unos cuantos escritores. Naturalmente, esa tendencia a la unificación y homogeneidad de las formas, perfectamente normal en una lengua literaria y de cultura, que era además lengua oficial de un poderoso estado fuertemente centralizado, habrá alcanzado, gracias a la escuela, también al habla corriente, sobre todo de las clases más cultas. Pero, indudablemente, esa tendencia no llegó a hacer coincidir el hablar corriente con la lengua docta y oficial, y buena parte de la variedad y heterogeneidad del latín arcaico se mantuvo en la lengua hablada, sobre todo entre las gentes menos cultas y en el ambiente rústico. En este sentido Grandgent considera que el latín “vulgar” es el de las clases medias, que continúa por su cuenta al latín arcaico (mientras se apartaba de ese mismo latín la lengua “literaria”, escrita y hablada por la aristocracia social y cultural) y que termina con la formación de los idiomas romances, es decir, en el momento en que se quiebra la unidad lingüística del Imperio, dada por la intercomprensión entre los hablantes de varias regiones. Tendríamos una situación representable en el siguiente esquema, bastante aceptable:



e) El hecho de que el mismo latín literario no era perfectamente unitario, ni en el sentido sincrónico ni en el sentido diacrónico. En efecto, aun entre escritores de la misma época hay diferencias no sólo estilísticas sino también gramaticales, y cierta evolución, aunque limitada, en parte por perfeccionamiento “interno”, y, en parte, por la aceptación de formas del hablar corriente, puede notarse en el mismo latín de la literatura. Además, si consideramos el latín “clásico” como una lengua no sólo escrita sino también hablada, aunque sólo por una aristocracia cultural y social, debemos admitir que debía haber diferencias entre la forma escrita y la hablada. En efecto, concesiones hechas al hablar corriente o familiar pueden indicarse en las obras de menor solemnidad de los escritores más ejemplarmente “clásicos” (cf. Las cartas de Cicerón). Giros, expresiones, palabras “populares” se encuentran en todo el llamado latín clásico, justamente porque durante mucho tiempo no hubo ningún abismo entre el latín culto y el menos culto. Así, por ej., se han podido distinguir elementos “populares” en la lengua de Horacio (A. Ernout).

F) La difusión de formas nuevas en la larga historia del llamado latín “vulgar” (v. Más arriba los ejemplos de metus-pavor, pulcher-fermosus-bellus).

Todas las razones hasta aquí expuestas han destruido y convencionalizado de a poco el cuadro tradicional del latín “vulgar” concebido como una lengua constantemente distinta del latín “clásico” y paralelo a éste, como “otra” lengua latina y, al mismo tiempo, como una lengua unitaria y homogénea tanto como el “otro” latín. Si consideramos el material que estudia Meyer-Lübke o el que trae Grandgent (o, también, Bourciez, en sus Éléments de linguistique romane), comprobamos que no se trata de un verdadero “sistema lingüístico”, sino, más bien, de un conjunto de formas diferenciadas territorial y cronológicamente.



7. En realidad, en la constitución del concepto de latín “vulgar” nos encontramos con las dificultades que se hallan en la constitución del concepto de “lengua” (sobre todo de un concepto no sólo sincrónico sino también diacrónico) y en el problema de la reconstrucción. Desde el punto de vista puramente glotológico, toda “lengua” es un sistema de isoglosas limitado convencionalmente y dentro del cual se pueden distinguir sistemas menores más compactos, diferenciados en el espacio, en el tiempo o en la sociedad.

Para cualquier momento de la historia del latín podemos concebir un sistema amplio que llamaríamos “latín común”, diferenciado en toda una serie de sistemas menores: latín literario escrito, el latín literario hablado, latín de las clases medias, latín rústico, latín hablado por los itálicos, latín reconstruido sobre la base de las lenguas romances, etc. (Cf. Bruno Migliorini, “Lingua letteraria e lingua d’uso”, en “Lingua e cultura”, Roma, 1948):

Cada una de esas formas presentará una serie de isoglosas comunes con todas las demás o con algunas de ellas y otras que, en cambio, le serán propias y características. ¿Llamaremos, entonces, “latín vulgar” el latín de las clases medias? Podemos hacerlo, puesto que se trata de una simple convención, pero tenemos que tener en cuenta, por un lado, que ese latín tenía un gran número de isoglosas en común con otros latines y con el mismo latín clásico, y, por otro lado, que ese latín no explica por sí solo las lenguas romances, dado que en ellas se continúan también elementos rústicos e itálicos y toda una cantidad de elementos “literarios”, pues dichas lenguas (con excepción del rumano) han continuado tomando elementos del latín docto a lo largo de toda su historia. Nos encontramos de nuevo con que no se puede hablar de un latín “vulgar” con

fisonomía determinada, sino sólo de formas más bien literarias, o más bien populares, o corrientes, o rústicas.

8. Si, en cambio, queremos convenir que el latín “vulgar” es el que se reconstruye sobre la base de las lenguas romances, tampoco se llega a una lengua con existencia histórica real, dado que, por un lado, las respectivas isoglosas no se remontan todas a un mismo momento histórico y, por otro lado, cualquier lengua real de un momento histórico determinado debió contener también elementos que no tienen continuación en los idiomas romances. De nuevo nos encontramos con que cada forma tiene su historia y sus límites en el tiempo y en el espacio y con que no se puede llegar a reconstruir el latín “vulgar” como una lengua unitaria y homogénea. Hay, naturalmente, formas que sólo se encuentran en el latín literario, que no tienen ninguna continuación en las lenguas romances y que, por lo tanto, no podrán atribuirse al “latín vulgar”. Así, por ejemplo, palabras como crus, pulcher, diu, aequor, cruor, iecur, etc. Así, también, podemos atribuir al “latín vulgar” formas como auricula, cantare, mesa, mesura porque son éstas y no las respectivas formas “clásicas” (auris, canere, mensa, mensura) las que se continúan en las lenguas romances. Pero no podemos afirmar sin más que sidus y metus eran clásicos y stella y pavor “vulgares”, porque sidus se conserva en algún dialecto italiano y metus se conserva en español. Ni siquiera en un aspecto sistemático, como el aspecto fónico, puede reconstruirse un sistema unitario; efecto, dado que, a diferencia de la mayoría de las lenguas romances, el rumano conserva como u la u breve y el sardo conserva tanto la u breve como i breve (en las demás lenguas romances esas vocales pasan a o, e cerradas), habría que reconstruir para el “latín vulgar” no uno sino tres sistemas vocálicos: uno correspondiente al rumano, otro correspondiente al sardo, y el tercero correspondiente a las demás lenguas

románicas (cf. rum. siccus > sec, pero gula > gura, furca > furca -con a breve-, y sardo filu, pira, gula, furca). Del mismo modo, no podemos decir simplemente que el “latín vulgar” (considerado como todo el latín corriente de la época imperial) palatalizó la velar en los grupos ke, ki, porque tal palatalización no ocurrió en el sardo logudorés y fue sólo parcial en Dalmacia. Y por lo que concierne a la s final comprobamos que, mientras una parte de la Romania (Italia, Dacia) la elimina totalmente, otra parte (Galia, Iberia) no sólo la conserva sino que la reintegra también en las posiciones en las que ya se apocopaba desde el latín arcaico. Y no estamos mejor por lo que concierne al sistema gramatical. Así, por ej., mientras la mayoría de las lenguas romances presenta un futuro perifrástico con habeo, el rumano tiene el futuro con volo; mientras todas las demás lenguas romances tienen el artículo derivado del demostrativo ille, el sardo lo tiene de ipse: refiriéndonos al “latín vulgar” podemos sólo hablar de tendencia a la perífrasis, tendencia a la determinación mediante artículo, y no de formas determinadas. El “latín vulgar” aparece, pues, como una abstracción constituida por formas homogéneas, formas heterogéneas pero caracterizadas por una tendencia homogénea y formas simplemente heterogéneas. Si, en cambio, queremos afirmar que el “latín vulgar” es el sistema unitario que se reconstruye sobre la base de todas las lenguas romances, el concepto se torna más abstracto aún quedando fuera de él numerosos elementos latinos conservados en las lenguas romances sin solución de continuidad.

Por otra parte, no hay ninguna razón para llamar “vulgares” formas como mare, terra, campus, fortis, portare, ligare, iocare, facere, octo, decem y otros centenares más, dado que ellas pertenecen con el mismo título al latín que llamamos “clásico”, y, si nos remontamos en el tiempo, el número de esas formas aumenta cada vez más, pues prácticamente todas las

formas del latín clásico (menos las formaciones puramente literarias) fueron en algún momento populares.

9. Hemos llegado, por tanto, a la conclusión de que el “latín vulgar” no es ninguna lengua histórica real, sino sólo una abstracción que explica el elemento latín “heredado” por las lenguas romances (excluyendo con ese elemento latino “adquirido” por las mismas en épocas sucesivas -cf. La distinción de Bally entre langage transmis y langage accuis). Es un concepto más amplio que el de “latín clásico”, porque, aún comprendiendo buena parte de éste, comprende también elementos que nunca pertenecieron al latín literario. Es también un concepto más amplio en el tiempo, pues contiene formas anteriores al latín clásico y que no penetraron en éste, como asimismo formas más recientes. Y es un latín mucho más diferenciado. En efecto, mientras lo que llamamos “latín clásico” puede considerarse como una lengua “standard”, en gran parte inmutable, en el “latín vulgar” distinguimos notables diferencias regionales, sociales y estilísticas, y, en cada uno de estos tres tipos de diferencias, diferencias cronológicas.

10. ¿En qué sentido, entonces, podemos identificar el “latín vulgar” con el latín lengua común del Imperio Romano? Pues en el sentido de que se trata de un conjunto de formas “vivas” (habladas) durante la época imperial. Formas que, naturalmente, no hay por qué considerar como contemporáneas: algunas de ellas son muy antiguas, pertenecían ya al latín arcaico y se mantuvieron luego en las épocas clásica y posclásica; otras surgieron más tarde, o mucho más tarde. Tampoco sería exacto considerar dichas formas como “universales”, es decir, como pertenecientes a todo el latín hablado en un determinado momento de la época imperial;

muchas de ellas pueden haber pertenecido sólo a determinadas capas sociales y culturales (y ya veremos luego que tales circunstancias explican, por lo menos en parte, la diferenciación de las lenguas romances y sirve para su caracterización. Pero, evidentemente, cierto número de isoglosas (en primer lugar las que unen hasta hoy todos los idiomas romances, y muchas otras que se han quebrado en época más antigua o más reciente, por diferenciación e innovación) pertenecieron a todo el latín hablado durante la época imperial, asegurando la intercomprensión regional y social). Evidentemente, dicho número fue mayor en los primeros siglos del Imperio y luego disminuyó cada vez más en los siglos sucesivos. Haciendo un promedio entre conservaciones e innovaciones, podemos ubicar dicho sistema de isoglosas, ya bastante distinto del clásico, pero todavía suficientemente unitario, en los siglos III-IV d.C. Asimismo, desde el punto de vista social, es legítimo atribuir el sistema unitario más amplio a la clase media, cuya habla representaba, evidentemente, un grado intermedio entre el lenguaje de la aristocracia (más conservador, más culto, más cuidado estilísticamente) y el de la plebe y de los campesinos. En este sentido, justamente, se dice que el “latín vulgar” debe definirse como el latín hablado por la clase media. Pero hay que notar aquí que se trata en este caso sólo del más amplio sistema unitario, mientras que en las lenguas romances se continúan también formas que quedan fuera de dicho sistema (formas “cultas” y formas “rústicas”, desde el punto de vista del latín común de la época imperial) y formas pertenecientes a sistemas menores (socialmente y regionalmente), como también formas que pueden atribuirse a sistemas mayores (pertenecientes a todas las clases sociales; o a la clase media y al mismo tiempo a la aristocracia; o a la clase media y a la plebe). Tal consideración deberá tenerse en cuenta luego, en la caracterización y descripción del “latín vulgar”: deberá tenerse en cuenta que las

isoglosas que se indicarán no tienen todas la misma extensión social, regional y estilística.

11. Es evidente, pues, que el nombre de “latín vulgar” (o “latín popular”) es un nombre equivocado, desde el punto de vista de las investigaciones y convenciones más recientes, y no tiene de por sí carácter definitorio, pues no se refiere a un latín propiamente “vulgar”. El término puede sólo conservarse por concesión a la tradición, como nombre convencional del complejo concepto que acabamos de delinear.

12. Se plantea ahora el problema de cómo podemos conocer esas formas más corrientes, o más populares, o más vitales, o más recientes que las formas clásicas y que constituyen lo que llamamos “latín vulgar”. Evidentemente, dado el concepto que hemos esbozado, sería absurdo pensar en textos escritos en “latín vulgar” (por oposición a los textos clásicos). Por otra parte, la lengua escrita aparece siempre más cuidada, más “cult”, que la lengua oral: hasta en los individuos más incultos tiende siempre a adaptarse a cierto modelo. Y para los Romanos de la época imperial el modelo supremo fue siempre el latín “clásico” por excelencia, el latín ciceroniano. Lo único que podemos esperar es encontrar aisladamente en los textos formas que llamamos “vulgares” o indicaciones acerca de ellas. Según la cultura de los autores o de los escribientes y según la índole de los textos considerados, dichas formas pueden ser más o menos numerosas; en algunos casos son tan numerosas que justifican, en todas las salvedades que hasta ahora se han hecho, el rótulo de “textos vulgares”: son éstos, justamente, los que se han reunido en las varias antologías y crestomatías del “latín vulgar”.

He aquí las principales fuentes que nos proporcionan formas “vulgares”:

a) Las inscripciones. En las inscripciones se emplea a menudo un lenguaje que se aleja de la lengua literaria y se acerca al habla corriente. Son muy importantes, en particular, las vacilaciones y los errores de los grabadores: excluidos los simples lapsus, se trata a menudo de concesiones hechas al lenguaje hablado. Un carácter de particular espontaneidad presentan, entre otras, las inscripciones murales de Pompeya.

B) Las gramáticas, que señalan a menudo formas “incorrectas”, populares, dialectales, etc., o nos informan acerca de la pronunciación corriente que se aleja de la que se refleja en la ortografía fijada en la época clásica.

C) Diplomas y documentos medievales, en los que disminuye cada vez más el conocimiento de la lengua ciceroniana y se sustituyen formas clásicas por formas corrientes.

D) Errores en las copias de manuscritos: como en el caso de las inscripciones, los copistas incultos o de cultura insegura suelen introducir deformaciones que reflejan su pronunciación y formas que les son más familiares que las clásicas que deberían reproducir.

E) Escritores arcaicos. En los escritores anteriores a la fijación del latín clásico se encuentran a menudo formas que la lengua clásica rechazó para que se conservaran en la lengua hablada, o, por lo menos, en el lenguaje más popular, y que a menudo tienen su continuación hasta los idiomas romances. Así, por ej., en Plauto se encuentran narrare, fabulari (‘hablar’), en lugar del clásico loqui.

F) Ciertas obras menores de autores clásicos. Formas “vulgares” (corrientes, habladas) aparecen también en ciertas obras de menor cuidado estilístico de autores de la más pura

clasicidad como, por ejemplo, las cartas de Cicerón, en particular las familiares.

G) Escritores cristianos. Entre ellos hay algunos muy cultos, como San Agustín, pero los hay también que emplean a menudo un lenguaje que se aleja de los modelos clásicos, acercándose a un lenguaje más corriente y más comprensible para las masas a las que se dirigen. Así, por ej., Tertuliano, Lactancio, Comodiano. El mismo San Agustín en sus prédicas hace varias concesiones al habla corriente. En efecto, hay que tener en cuenta que el cristianismo, sobre todo en sus comienzos, fue una doctrina que se dirigía particularmente a las masas, un movimiento del pueblo más humilde.

H) Glosarios y listas de formas “incorrectas” (desde el punto de vista del latín clásico).

I) Textos “vulgares” (v.s.), es decir, textos que, por la incultura de los autores o deliberadamente (para presentar con mayor realismo ciertos personajes plebeyos o rústicos), emplean un lenguaje corriente o popular que se aleja notablemente de los modelos clásicos.

J) Las lenguas romances. Además de numerosas formas que se encuentran en las fuentes hasta aquí enumeradas, las lenguas romances continúan también formas que deben haber sido vitales en todo o en una parte del latín imperial, pero que no se encuentran documentadas en las fuentes de que disponemos. Tales formas, “vulgares” con igual derecho que las anteriores, se reconstruyen. (Por convención las formas reconstruidas se señalan mediante un asterisco; por ej., \*plattus, \*toccare).

Evidentemente, entre las formas que nos proporcionan los textos hay varias que son solecismos, particularismos del autor o del escribiente y que nunca habrán logrado difusión; otras formas, de las que se conservan luego en los idiomas



romances o que se encuentran en textos posteriores, pueden representar modalidades ya generales en el latín de la época, o modalidades ya aceptadas por una capa social o por toda una región, como también puede tratarse de innovaciones recientes que apenas empezaban a difundirse. Establecer la cronología exacta de esas formas es prácticamente imposible: filológicamente, lo único que se puede establecer es el primer término de documentación de cada forma (la fecha, segura o aproximada, del primer texto en que se encuentra). La cronología relativa de las formas se establece por medios filológicos pero también con medios puramente lingüísticos, como el método comparativo y la geografía lingüística. En el caso de formas reconstruidas, sólo se puede tratar de establecer la cronología relativa (es decir, establecer que una forma es más antigua o más reciente que otra) y eso con medios exclusivamente lingüísticos, mientras la atribución de una forma a cierta época histórica aparece sumamente arriesgada, particularmente cuando no se trate de zonas que se han separado del resto de la romanidad en una fecha determinada (puesto que, por ej., de una forma conservada en español y en rumano, o en francés y en rumano, podemos afirmar por lo menos que es anterior al aislamiento de la Dacia).

Entre los textos que nos proporcionan mayor cantidad de material “vulgar”, y que son los indicados bajo h) e i), algunos merecen especial atención:

A) El Appendix Probi. Es una lista de formas “incorrectas”, una especie de guía del “buen decir”, que se recopiló, probablemente, en Roma, en el siglo III o IV d.C. El manuscrito que poseemos es un palimpsesto del siglo VII u VIII que se conserva en Viena. Se llama “Appendix Probi” porque se encuentra como apéndice a un texto gramatical de Probo. Indica las formas “correctas”, es decir, clásicas, al lado de las formas “incorrectas”, evidentemente corrientes. O sea, indica

cómo “hay que decir” en buen latín clásico en lugar de cómo se dice o de como muchos dicen: auricula non oricla, oculos non oclos, etc.

B) Las glosas de Reichenau, manuscrito que perteneció a Reichenau y se conserva actualmente en la biblioteca de Karlsruhe (Alemania). Contiene dos glosarios, uno bíblico y otro bíblico-patristico, recopilados probablemente en Galia en el siglo VIII (según otros, mucho antes). Dichos glosarios explican las formas clásicas que se consideran de difícil comprensión mediante formas más “populares” o usuales: imber-pluvia, ictus-colpus, flere-plorare, etc.

C) La Cena Trimalchionis, amplio fragmento de la conocida novela Satyricon de Petronio (es dudoso que se trate del Petronio Arbiter de la época de Nerón, m. En 66 d.C.), en el que se describe un banquete en una localidad cerca de Nápoles, probablemente en Cuma, durante el cual, mientras algunos personajes hablan el latín literario, otros, y en primer lugar el liberto Trimalción, hablan un lenguaje “incorrecto” y vulgar que refleja, por lo menos hasta cierto punto, el latín de las clases sin cultura.

D) La Mulomedicina Chironis, tratado veterinario traducido y adaptado del griego, probablemente en el siglo IV d.C., atribuido a un tal Chirón, hombre, evidentemente, de poca cultura, que emplea numerosos vulgarismos. Se conserva en la biblioteca de Munich, en un manuscrito del siglo XV.

E) La Peregrinatio ad Loca sancta o Peregrinatio Aetheriae (Egheriae), que, por error, se ha llamado también Peregrinatio Silviae. Es una obra compuesta en España entre 381 y 388 (o entre 380 y 420; según investigaciones más recientes, hacia el 418), por una monja llamada Eteria o Egeria y en la que narra una peregrinación a los lugares recordados en la Biblia. La narración tiene interés histórico, por ser la primera

obra sobre peregrinaciones a Palestina. La autora es persona de cierta cultura, por lo cual su lenguaje es corriente y más bien libre con respecto al latín clásico, pero no propiamente vulgar.

### 13. Breve descripción del latín vulgar.

Trataremos de indicar en lo que sigue las principales isoglosas del “latín vulgar”, preocupándonos en particular por aquellas que lo diferencian del latín clásico, pero dejando de lado, por ahora, su diferenciación interna. )Queda establecido, naturalmente, que, de las isoglosas que se indicarán, ciertas son generales y otras sólo parciales).

En la caracterización de una lengua se empieza comúnmente con el aspecto fónico. Sin embargo, dado que se trata de un sistema fónico en evolución y falto de unidad históricamente limitable, y dado, por otro lado, que los sonidos lingüísticos sólo existen en palabras y se difunden con las palabras, preferimos empezar por el vocabulario.

#### A) Vocabulario

a) Naturalmente, hay, en primer lugar, un gran número de palabras que son comunes al latín literario (clásico) y al latín corriente de la época imperial: son palabras que constituyen isoglosas latinas generales, que, desde el punto de vista social, pertenecen a todas las clases sociales, y, desde el punto de vista cronológico, mantienen su vitalidad en la lengua comúnmente hablada a través de todo el período que atribuimos al latín vulgar y hasta las lenguas romances. Así, por ejemplo: homo, filius, manus, aqua, panis, ferrum, rota, asinus, cervus, caelum, arbor, vita, dolor, bonitas, habere, dormire, videre, credere, rotundus, plenus, calidus, siccus, niger, novus, bonus, mater, pater, puteus, vacca, altus, longus, viridis, amare, audire,

dicere, vendere, bene, male, si, in, etc. etc. Estas palabras y otras muchas pertenecen hasta la actualidad a la serie de isoglosas que determinan la unidad románica y, al mismo tiempo, la unidad del romance y el latín, todo el latín: en efecto, son palabras perfectamente clásicas, pero al mismo tiempo “vulgares”, y, con alguna excepción, se conservan hasta hoy en todas las lenguas neolatinas.

B) En una segunda categoría agrupamos otra serie de palabras que se encuentran en la misma situación de las anteriores, es decir, que también son clásicas (literarias) y al mismo tiempo corrientes (“vulgares”) pero que en latín clásico tienen sinónimos ya exclusivamente literarios en la época a que nos referimos. Se trata, pues, en cada caso, de una pareja de palabras del latín literario de las cuales una siguió manteniendo su vitalidad en toda la lengua hablada mientras la otra o no perteneció nunca a todo el latín (es decir, al latín de todas las regiones y de todas las clases sociales) o ya había muerto, desde el punto de vista del hablar corriente, en la época en que situamos al “latín vulgar”; una es una palabra perfectamente vital de todo el latín, mientras la otra es un fenómeno de conservación característico de la lengua literaria, una palabra docta o culta o que se ha vuelto tal en la época imperial. Evidentemente, en las lenguas romances se conservarán sin solución de continuidad sólo las palabras clásico-vulgares (vitales tanto en la lengua literaria como en la corriente), mientras no se conservarán del mismo modo sus sinónimos exclusivamente literarios.

Así, por ejemplo:

(palabras sólo clásicas)

aequor

tellus

-

-

(palabras clásico-vulgares)

mare

terra

<u>sidus</u>	-	<u>stella</u>
<u>letum</u>	-	<u>mors</u>
<u>vulnus</u>	-	<u>plaga</u>
<u>cruor</u>	-	<u>sanguis</u>
<u>tergum</u>	-	<u>dorsum</u>
<u>alvus</u>	-	<u>venter</u>
<u>ager</u>	-	<u>campus</u>
<u>tuba</u>	-	<u>bucina</u>
<u>lorum</u>	-	<u>corrigia</u>
<u>formido</u>	-	<u>pavor</u>
<u>pulcher</u>	-	<u>fermosus, bellus</u>
<u>magnus</u>	-	<u>grandis</u>
<u>validus</u>	-	<u>fortis</u>
<u>alius</u>	-	<u>alter</u>
<u>omnis</u>	-	<u>totus</u>
<u>edere</u>	-	<u>manducare</u>
<u>potare</u>	-	<u>bibere</u>
<u>ludere</u>	-	<u>iocare</u>
<u>ferre</u>	-	<u>portare</u>
<u>vincire</u>	-	<u>ligare</u>
<u>equus</u>	-	<u>caballus</u>
<u>os</u>	-	<u>bucca</u>
<u>domus</u>	-	<u>casa, mansio, hospitale</u>
<u>aestus</u>	-	<u>calor</u>

<u>agere</u>	-	<u>facere</u>
<u>amittere</u>	-	<u>perdere</u>
<u>anguis</u>	-	<u>serpens</u>
<u>armilla</u>	-	<u>brachiale</u>
<u>ater</u>	-	<u>niger</u>
<u>balteus</u>	-	<u>cingulus</u>
<u>brassica</u>	-	<u>caulis</u>
<u>brevis</u>	-	<u>curtus</u>
<u>esurire</u>	-	<u>famem habere</u>
<u>fluere</u>	-	<u>currere</u>
<u>gramen</u>	-	<u>herba</u>
<u>imber</u>	-	<u>pluvia</u>
<u>ianua</u>	-	<u>porta</u>
<u>lapis</u>	-	<u>petra</u>
<u>linquere</u>	-	<u>laxare</u>
<u>plaustrum</u>	-	<u>carrus</u>
<u>sus</u>	-	<u>porcus</u>
<u>diu</u>	-	<u>longe, longum tempus</u>
<u>cum</u>	-	<u>quando</u>
<u>ob</u>	-	<u>pro, propter, per</u>
<u>sero</u>	-	<u>tarde</u>
<u>ut</u>	-	<u>quomodo</u>
<u>ab</u>	-	<u>de</u>

Del mismo modo, son exclusivamente clásicos (“muertos”, desde el punto de vista de la lengua corrientemente hablada) toda una serie de elementos funcionales (adverbios, preposiciones, conjunciones), como an, at, autem, donec, enim, ergo, etiam, haud, igitur, ita, nam, postquam, quidem, quin, quoad, quoque, sed, sive, ut, utrum, vel, etc.

Hay que notar, sin embargo, que algunas de las formas “clásicas” mantienen cierta vitalidad regional, conservándose esporádicamente, en particular en zonas de colonización muy antigua, en áreas aisladas o laterales. Así, sidus se conserva todavía en cierto dialecto del antiguo italiano (aunque con distinto significado); ager > rum. agru y ant. fr. aire; ianua > sardo yanna; lorum > sardo (logudorés) loru y port. loro; magnus > ant esp. maño (cf. También tan magnus > tamaño) y logud. mannu, domus > sard. domu. (Obsérvese, en particular, el caso de Cerdeña, área aislada, donde palabras como loru, mannu, domu, yanna, son perfectamente vitales hasta hoy día). Entre esas formas, es interesante el caso de equus, del cual no se conserva el masculino (sustituido por caballus) mientras se mantiene vital el femenino equa > esp. yegua, sard. ebba, rum. iapa, ant. fr. ive. Tales formas de conservación esporádica deberían, pues, considerarse como clásico-vulgares en ciertas regiones y como exclusivamente clásicas en otras. De todos modos, en la época imperial, ellas ya no constituían isoglosas generales del latín corrientemente hablado.

Otras palabras “clásicas” (como esp. pulcro, válido, magno, etc.) no pertenecen al fondo heredado de las lenguas neolatinas, sino que son cultismos, elementos “doctos” introducidos muchos más tarde en el romance, del latín literario.

C) Por fin, en una tercera categoría agrupamos una vasta serie de palabras específicamente “vulgares”, que no se encuentran en el latín clásico. Se trata en la mayoría de los casos, de innovaciones surgidas en el latín corriente después de

la época clásica, aunque, a veces, también de palabras muy antiguas pero populares, o dialectales, o pertenecientes al lenguaje familiar, etc. Que no fueron aceptadas en el latín literario, aun conservando íntegra su vitalidad en la lengua corrientemente hablada. Pertenecen a esta tercera categoría palabras como amma, atta, battalia, branca, (mano, miembro), mamma, nonnus, nonna, \*finis adj. (surgido en expresiones como honorum finis, pudoris finis), \*gentis (surgido por cruzamiento de genitus y gentilis), cucina (lat. cl. culina), tina, bastum, planca (atest. en Paladio) bilancia (lat. cl. libra) bisaccia (docum. en Petronio; lat. cl. pera), drappus, rancor, pisinnus (del lenguaje infantil; lat. cl. parvus), bassus, \*plattus, praestus (lat. cl. paratus), battuere (docum. en Plauto), \*toccare (lat. cl. tangere), titio (docum. en Varrón), cortina (docum. en Augusto; lat. cl. aulaeum), grossus, septimana (lat. cl. hebdomas), camisia (lat. cl. linea), carricare, carcare, (lat. cl. enerare), carcatus (lat. cl. enustus), \*auca (<\*avica; lat. cl. anser), \*matraster (lat. cl. noverca); filiaster (lat. cl. privianus), patraster (lat. cl. vitricus), cattus (lat. cl. feles), etc. También en este caso las formas clásicas se conservan a veces, pero sólo esporádicamente (por ej., tangere > esp. tañer, vitricus > rum. vitreg), mientras las formas “vulgares” son las que se mantienen en los varios romances:

Los fenómenos que diferencian el vocabulario “vulgar” del vocabulario “clásico” pueden reducirse prácticamente a dos: selección (entre formas más o menos sinónimas, el lenguaje hablado “elige” una que sigue manteniendo, mientras abandona la otra o las otras) e innovación (en el lenguaje hablado, el léxico se renueva, mediante derivación, composición, préstamos).

Por lo que concierne a la selección, hay que observar que, en general, el lenguaje hablado considera menos matices, menos sutilezas, por lo cual entre los llamados sinónimos -que nunca son totalmente tales. Mantiene algunos, ampliando su



significación, en perjuicio de otros que deja de lado. Así lacrimare, plorare elimina los verbos semánticamente afines adspicare, intueri, carnerere; grandis ('grande materialmente') asume también el significado de magnus ('grande'), pero, sobre todo, moralmente, espiritualmente); alter (el otro entre dos) asume también el significado de alius (otro, diferente). Del mismo modo, iocus (burla), casa (cabaña, choza), apprehendere (asir, captar) no eran exactamente sinónimos de ludus (juego), domus (casa), discere (aprender), pero llegaron a sustituirlos.

Por otro lado y, de cierta manera, en sentido contrario, el lenguaje hablado presenta una tendencia constante hacia una mayor expresividad, por lo cual prefiere formas jergales, imágenes, formas irónicas y metafóricas, o sea formas de mayor eficacia afectiva. Así edere es sustituido por manducare, de Manducus, personaje comilón de la antigua comedia latina (pero el derivado comedere se conserva en español: comer); equus se sustituye por caballus (propiamente 'rocín'), caput por testa (olla, tiesto), crus por gamba (pata) o perna (jamón), domus por casa (cabaña), todos sinónimos estilísticos, aunque no conceptuales.

Por lo que concierne a la innovación, hay que observar, en primer lugar, que el latín corrientemente hablado de la época imperial, por las mismas razones de expresividad y afectividad, prefirió cada vez las formas derivadas (en particular, formas diminutivas y aumentativas, en los nombres; formas frecuentativas e incoativas, en los verbos). Así avis se sustituye por avicellus > aucellus (it. ucello, fr. oiseau), avus por \*aviolus (esp. abuelo), vetus por vetulus (esp. viejo), auris por auricula, culter por cultellus (esp. cuchillo, it. cultello), agnus por agnellus, canero por cantare, adiuvare por adiutare, genu por genuculum, sol por soliculum (por lo menos parcialmente: cf. fr. soleil), mane por maneana (esp. mañana, ptg. manha) o por matutinum fr. matin, it. mattina), dies por el adjetivo diurnus

(it. giorno, fr. jour), talus por \*talonem (por razones que se verán luego, se suele a menudo dar en acusativo las formas populares, particularmente las reconstruidas).

El examen formal, semántico y estilístico de la derivación debe necesariamente tener un lugar de preferencia en toda caracterización del latín “vulgar”, pues fue uno de sus principales medios de innovación. En efecto, una lengua más o menos detenida en su evolución y fijada por el prestigio y la autoridad de modelos clásicos, como el latín literario, suele formar pocas palabras nuevas, y las que forman los varios autores para sus necesidades expresivas pertenecen a su estilo personal más bien que a la lengua en su totalidad, mientras que en el lenguaje corrientemente hablado se siguen creando términos nuevos, con los mismos instrumentos que ofrece el sistema de la lengua.

Amplísima es en latín “vulgar” la derivación mediante sufijos:

-tor, -arius forman nombres de agente, el primero de verbos y el segundo de sustantivos y adjetivos: salvator, auditor, argentarius, operarius, furnarius, cultellarius.

-aculum, torium forman nombres de instrumentos: spiraculum, sufflatorium.

-arium forma nombres de lugar: aerarium, granarium, apiarium.

-etum forma nombres de lugar derivados de nombres de árboles: salicetum (sauzal), fraxinum (fresneda), caercetum (encinar), fagetum (hayedo).

-ale forma nombres de lugar o instrumento: casale.

-alia (pl. de ale), -men forman nombres colectivos: battalia, \*ossamen (osambre).

-mentum, -tura, -sura forman nombres abstractos o también colectivos, nombres de acción, comúnmente de verbos (como en lat. clás.: armatura, mensura), pero luego también de nombres: iuramentum, carillatura (sin que exista un verbo \*capillare), \*adventura, arsura.

-tio, -sio, -atio, -itio, -ntia, forman nombres abstractos derivados de verbos: demoratio, custoditio, sufferentia, fragrantia. (Los nombres en -ntia, en un principio neutros plurales de participios presentes, fueron interpretados como femeninos singulares).

-itas, -itia forman nombres abstractos derivados de adjetivos: \*amicitatem, \*bellitatem (cf. lat. clás. bonitas, caritas), longitia, \*proditia (cf. lat. clás. pigritia, avaritia).

-atá forma nombres de cantidad (material o de tiempo): diurnata (jornada), annata, \*buccata (bocada).

-Or u or/ura forman nombres abstractos derivados de verbos: \*lucorem, \*laudorem (loor), fervor-fervura, riger-rigura; luego, sobre el modelo de strictura, directura, etc. (Participios futuros relacionados con los participios strictus, directus) se formaron nombres en -ura también de adjetivos no-verbales: \*planura (<planus).

-Ia, sufijo improductivo en latín clásico por ser átono, se ve reforzado en la época imperial por el sufijo griego -ía, acentuado, que aparece en numerosos préstamos griegos (philosophía, democratía).

Muy numerosos son los diminutivos formados con -ulus, -iculus, -uculus, ya frecuentes en latín clásico; pero al sufijo átono -ulus se prefiere el acentuado -ellus (porculus-porcellus, rotula-rotella > esp. rodilla, fibula-fibella > esp. hebilla): anellus, vitellus. Catellus, y, por consiguiente, -icellus se prefiere al esdrújulo -iculus (avicellus, naviculla-navicella, monticulus-

monticellus). Al lado de -ellus se emplea mucho -eolus, iolus, pero transformado de esdrújula en llano (\*aviolus).

También son numerosos los derivados intensivos, aumentativos, despreciativos, formados con -o (-onem), -aster, -aceus, -uceus: naso, nasonis (narigudo), cicero, -onis (“con un grano en la nariz”), \*matrastar, \*filiaster.

Todos los sufijos hasta aquí enumerados (menos los diminutivos, que también se emplean para adjetivos) forman nombres sustantivos. Pero también la derivación adjetival dispone de numerosos sufijos: -bilis (amabilis, credibilis), -alis. -ilis (mortalis, hostilis), -osus (montaniosus, según modelos clásicos como herbosus, formosus), -ivus (tardivus, según ejemplos clásicos como captivus), -atas, -itus, -utus, sufijos participiales aplicados luego directamente a nombres sustantivos sin que exista un verbo correspondiente: barbatus, barbutus (de barba), crinitus (de crinis), cornutus (de cornu) \*pilutus (de pilus).

También son numerosos y muy productivos los sufijos de derivación verbal:

-are, -ire (aplicados sobre todo al tema del supino, pero también al participio presente y a sustantivos y adjetivos) y -escere forman, respectivamente, verbos frecuentativos e incoativos (cf. los clásicos plantare, vestire, maturare, florescere): cantare, adiutare, \*oblitare (olvidar), \*ausare (osar), \*refusare, \*usare, \*expaventare (espantar), \*calentare, \*levantare, \*crepantare (quebrantar).

-iare, sufijo nuevo separado bajo esta forma de los verbos en -are formados sobre adjetivos en -is (como molliare, de mollis, o alleviare, de levis), se emplea para formar nuevos verbos de

adjetivos en -us, -a, -um: \*altiare (alzar), bassiare (bajar), \*acutiare, \*captiare, \*directiare, (esp. en-derezar, fr. dresser, it. drizzare).

-icare forma verbos de adjetivos o también de sustantivos: amaricare (amarrar, de amarus), \*carricare, follicare de follis, esp. holgar).

-izare, sufijo de origen griego (-ízein), se emplea sobre todo en la terminología médica y científica y en el léxico cristiano: cauterizare, pulverizare, baptizare, exorcizare, scandalizare, y queda un sufijo extraordinariamente productivo en las lenguas romances hasta hoy día.

-itare forma verbos frequentativos o iterativos: vanitare (fr. Vanter), taxitare (it. tastare).

-Ulare forma también verbos frequentativos: ustulare (rum. Usturá), \*misculare (mezclar), \*tremulare (temblar), \*turbulare (fr. troubler).

(Como es evidente, en casi todos los ejemplos indicados se trata de innovaciones que pueden llamarse “internas”, es decir, de desarrollos consentidos por el sistema de la lengua latina pero que no pertenecían a la norma del latín clásico).

Mucho menos frecuente que la derivación es la composición. Como ya se ha dicho, el latín, en general, evitaba la composición. Por eso muchas de las palabras compuestas de la lengua literaria (normalmente sobre modelos griegos o por influjo griego) no son vitales, en el sentido que no se difunden en la lengua corriente (con excepción de los términos cristianos). A pesar de esto, el fenómeno de la composición existe en el latín “vulgar”, pero se trata por lo normal de una composición debida al desarrollo de ciertos sintagmas que, empleándose constantemente con fórmulas fijas, llegan a concentrarse, a

aglutinarse en un solo vocablo: no existe una efectiva intención compositiva. Así, por ejemplo, sanguisoga, arcuballista, rosmarinus, avis tarda, (avutarda), auripigmentm (fr. Orpiment), alba spina (fr. Aubépine), avis struthium, (avestruz), bis coctum (bizcocho), medio die (mediodía), medio loco (rum. Mijloc, fr. Milieu), male habitus (it. Malato), calce pistare (it. Calpestare), calpestare, crucifigere, inde fugere (fr. Enfuir), intra videre, manu tenere (mantener), minus pretiare (menospreciar), mortificare, etc. También aparecen como fórmulas jias los nombres de los días de la semana (menos sábado, palabra de origen semítico): Lunae dies, Martis dies, Mercurii dies, Iovis dies, Veneris dies, Dominica (dies). Es este último caso particularmente interesante; en efecto, en las lenguas romances que conservaron en su integridad semántica el sustantivo dies (prácticamente, el español y el rumano, ya que el portugués ocupa aquí una posición peculiar, que se aleja de las demás soluciones neolatinas, se mantuvo la conciencia del significado de los sintagmas indicados y se ellegó a eliminar el mismo dies de los nombres de los días de la semana; mientras, al contrario, en las lenguas que no conservaron comúnmente la palabra dies (el italiano y el francés: la forma di en italiano tiene empleo limitado) y la sustituyeron por el derivado diurnus (it. Pierna, fr. Jour), se perdió la conciencia íntegra del valor semántico de dichas fórmulas y se llegó a aglutinar las fórmulas mismas en vocablos únicos. Tenemos pues:

<u>ESPAÑOL</u>	<u>RUMANO</u>	<u>ITALIANO</u>	<u>FRANCÉS</u>
<u>lunes</u>	<u>luni</u>	<u>lunedí</u>	<u>lundi</u>
<u>martes</u>	<u>marti</u>	<u>martedí</u>	<u>mardi</u>
<u>miércoles</u>	<u>miercuri</u>	<u>mercoledí</u>	<u>mercredi</u>

<u>jueves</u>	<u>joi</u>	<u>giovedì</u>	<u>jeudi</u>
<u>viernes</u>	<u>vineri</u>	<u>venerdì</u>	<u>vendredi</u>

El ejemplo es interesante sobre todo porque puede darnos una idea bastante clara acerca del proceso preterintencional de la composición latina.

En un campo, sin embargo, la composición es más amplia en “latín vulgar” que en latín clásico: en el campo de los elementos funcionales, actualizadores (preposiciones, conjunciones, adverbios). Parecería que en el latín hablado en la época imperial intervino un sentido más preciso de las relaciones espaciales y temporales. Por eso, mientras se pierde toda una serie de preposiciones, conjunciones y adverbios simples, se crea otra serie, compuesta: ab ante (it. avanti, fr. avant), in ab ante (rum. inainte), de unde (esp. donde), in de retro (rum. indarat), ad foras (esp. afuera, rum. afara), ad horam (esp. ahora), de magis (esp. demás), de in (rum. din), ad tunc (rum. atunci), ad hic (rum.  aici), in tunc (esp. entonces), etc.

También aparece frecuente la llamada composición verbal (que en realidad es una forma de derivación), con prefijos como ad-, in-, de- (por el clásico dis-, ex-: adbattere (abatir), \*accaptare (acatar; fr. acheter), ingluttire (it. inghiottir), rum. inshiotí, \*invitiare (rum. invatá), \*advitiare (avezar, it. avvezzare), devestire, \*excarbiare (fr. échanger, rum. schimbá), \*exbattere (it. sbattere, rum. sbate), \*excadere (it. scadere, fr. échoir, rum. scadea). Numerosos son, además, los verbos parasintéticos, es decir, los verbos en los que se verifica una doble derivación, con sufijo y al mismo tiempo con prefijo, como: adunare, impedicare (rum. Impiedica, fr. Empêcher), \*arripare (fr. arriver, it. arrivare, de ripa, orilla, costa), inodiare (esp. enojar, de odium), \*excaldare (de calidus; esp. escaldar, it. scaldare, rum. scaldá), \*attitiare (de titio, tizón; esp. atizar, it.

attizzare, rum. atită), aggenuculari, \*ingenuculare, \*disramare (esp. derramar), \*inuxorare (rum. insura), \*excappare (esp. escapar, fr. échapper, it. scappare, rum. scapá), \*expanticare (rum. spintecá), etc.

Finalmente, el léxico del latín “vulgar” se renueva y se enriquece mediante préstamos de otros idiomas o, de otras maneras, conserva ciertos extranjerismos que no penetraron nunca en el latín clásico. En algunos casos, sobre todo cuando se trata de cosas desconocidas en el ambiente latino y en la civilización romana o de procedencia extranjera, la palabra de origen extranjero es la única que se emplea; en otros casos, los préstamos se conservan al lado de sus sinónimos legítimamente latinos; en otros, finalmente, los extranjerismos llegan a eliminar del uso corriente las palabras latinas correspondientes.

Sin tener en cuenta las series de poca entidad (como los préstamos de lenguas semíticas) y dejando de lado, por el momento, los préstamos “ibéricos” distinguimos las siguientes categorías principales:

a) Préstamos itálicos (“osco-umbros”). La mayoría de ellos (como portica, lutus, bos, asinus, caseus, ursus, furca, furnus, popina al lado del lat. genuino coquina) pertenecen también al latín literario y ha sido recordados en otra parte del curso. Agregamos aquí: rufus (lat. genuino ruber), sulfur (lat. sulphur), sifilare > esp. chiflar (lat. sibilare > esp. silbar), pomex (lat. pumex).

b) Griegos. Son muy numerosos y algunos de ellos llegan a tener una difusión tal que eliminan del uso corriente las palabras latinas sinónimas; así, petra sustituye a lapis, chorda a funis (que, sin embargo, se conserva en italiano funè y rum. funie), colaphus (esp. golpe, fr. coup, it. colpo) a ictus, spatha a gladius. También son grecismos: phalanga (palanca), mataxa (madeja), sagma, striga (it. trega), bursa (bolsa), \*buxta (gr.



pyxída; it. busta, fr. boîte), cara (esp. port. cara), cata (esp. cada), thius (esp. tio, it. zio; mientras el francés y el rumano, con oncle y unchiu, continúan el lat. avunculus).

Son griegos, además, e inmediatamente reconocidos como tales, o, por lo menos, “calcos” de forma latina y contenido semántico griego, la mayoría de los términos técnicos que se refieren a la religión cristiana (cf. Angelus, diabolus, basilica, ecclesia, presbyter, episcopus, propheta, apostolus, evangelium, asceta, baptizare, martyr, monasterium, coemeterium, diaconus, etc. etc.). Una mención especial merece el vocablo parábola, que, al pasar del lenguaje eclesiástico al hablar corriente, tomó el significado de verbum (esp. palabra, fr. parole, it. parola), y su derivado parabolare (fr. Parler, it. Parlare). También deben señalarse particularmente los numerosos verbos en -izare (adaptación de -ízein) y los sustantivos femeninos en -issa (como diaconissa), cuyos sufijos resultaron luego muy productivos en latín y lo son hasta la actualidad, en los idiomas romances.

c) Célticos. Son numerosos particularmente después de la conquista de las Galias por César, pero varios de ellos datan de una época más antigua. Muchos, por su carácter casi siempre técnico, pertenecen también al latín literario (aunque no al latín clásico ciceroniano), la mayoría de las veces como Fremdwörter (extranjerismos eventualmente adaptados pero no asimilados y reconocidos normalmente como tales). Pero en el latín hablado de la época imperial ellos se vuelven verdaderos Lehnwörter (préstamos asimilados) y se confunden con el vocabulario genuinamente latino. Son celtismos: bracca, cucullus, basiare (besar; docum. en Catulo), caballus, carrus, alauda (alondra), betulla (abedul), cervisia (cerveza), marga, leuga (legua), cambiare, y los claramente populares beccus (it. vecco, fr. Bec), \*caminus, camisia, gamba (?), \*pettia (it. pezza, fr. pièce).

d) Germánicos. En el latín de la época imperial entran también algunos elementos germánicos, como \*riccus que llega

a sustituir a dives, \*blancus, ganta, arincus (arenque), surra (sopa), sapo (jabón; entrado probablemente a través del céltico), taxo (tejón), burgus (quizás un cruce del germánico burgs con el gr. Πύργος). Un calco germánico es companiono, creado sobre el modelo del gótico gahlaiba (de ga-, con, y hlaiba, pan). Muchos otros germanismos siguieron penetrando durante siglos en el latín de occidente, tanto en el latín hablado como en el “bajo latín” (literario), y también en las lenguas romances durante la época de su formación; pero la ausencia de todo elemento germánico antiguo en el latín de Dacia y de los Balcanes nos impide considerar los germanismos dentro del latín “vulgar”, si éste ha de entenderse como el más amplio sistema de isoglosas continuado por los idimas neolatinos. Admitiendo que el rumano pudiera haber perdido algún germanismo antiguo en época sucesiva, debemos, no obstante, admitir que la mayoría de los germanismos no eran todavía de uso general en la segunda mitad del siglo III. Nos limitamos aquí, pues, a señalar su presencia; volveremos a ocuparnos de ellos más detenidamente al tratar del elemento germánico del español.

Pero el vocabulario latino no se renueva sólo mediante palabras nuevas (que son muy numerosas: sólo las formas reconstruidas son cerca de mil en el Diccionario Etimológico de Meyer-Lübke, representando un 10% del total de las voces latinas registradas), sino también mediante significados nuevos: por la atribución de un contenido distinto a formas idénticas a las clásicas (cf. El caso de lindo o de vereda en el español de América, con respecto al español de España). Ya vimos ejemplos de extensión de significado en la selección entre “sinónimos” (como en el caso de grandis, apprehendere, etc.). Pero el “latín vulgar” presenta además numerosos ejemplos de verdaderos cambios de significado, cuyo proceso puede explicarse mediante una ampliación significativa semejante a la anterior y una nueva especialización, alrededor de un nuevo núcleo semántico: en realidad, el hecho más característico es,

justamente, ese desplazamiento del centro significativo, pues a menudo el nuevo significado que una palabra adquiere existía ya antes en su esfera semántica, aunque sólo como secundario y no como principal. He aquí alguno de los cambios más característicos: bucca - pasa del significado de ‘mejilla’ al significado de ‘boca’; nitidus - pasa de ‘brillante’ a ‘neto’, ‘limpio’; focus - pasas de ‘chimenea’ a ‘fuego’; camera -de ‘bóveda’ a ‘cuarto’; nepotem - ‘nieto’, ‘sobrino’, se especializa a veces como ‘nieto’ y otras como ‘sobrino’ (cf. fr. neveu); sponsus - pasa de ‘novio’ a ‘esposo’; causa de ‘pleito’, ‘asunto’ a ‘cosa’; mittere - de ‘mandar’, ‘enviar’ a ‘meter’, ‘poner’; hostis - de ‘enemigo’ a ‘epedición’, ‘ejército’; tempestas - de ‘tiempo meteorológico’ (bueno o malo) a ‘tempestad’; sationem - de ‘siembra, temporada de la siembra’ a ‘temporada’ en general, ‘sazón’; infans - de ‘no-hablante’ a ‘niño’; villa - de ‘casa de campo’, ‘chacra’ a ‘localidad’, ‘ciudad’; parentes - ‘padres’ a ‘parientes’ (pero cf. Fr. parents, rum. parinti - ‘padres’); \*arripare - de ‘atracar’ (dicho de una embarcación) a ‘llegar’; cognatus - de ‘pariente’ a ‘cuñado’; orbus - de ‘falto de’, ‘huérfano’ a ‘ciego’; pacare - de ‘apacar’ a ‘pagar’ (“apacar a un acreedor”); machinari - de ‘inventar’, ‘tramar’, ‘maquinar’ a ‘moler’ (it. macinare, rum. maciná); fortis - de ‘valiente’ a ‘fuerte’ (físicamente); mulier - ‘mujer’ adquiere a menudo el significado metafórico de ‘fuerza’ conservando sólo el significado propio de ‘roble’; vectura - pasa de ‘transporte’ a ‘coche’; flebilis - de ‘lamentable’, ‘triste’ a ‘débil’ (fr. faible), etc. Particularmente interesantes son una serie de cambios semánticos en los que es evidente una intención metafórica, como el de testa - ‘olla’, ‘tiesto’ que adquiere el significado de ‘cabeza’ (it. testa, fr. tête), el follis - ‘vejiga’, ‘globo para jugar’ que adquiere el significado de ‘loco’ (it. folle, fr. fou), el de angustia - ‘penuria’, ‘escasez’ que adquiere el significado de ‘loco’ (it. angoscia, fr. angoisse), el de ingenium - ‘índole’, ‘espíritu’, que pasa a significar ‘estratagema’, ‘expediente’; el de

talentum - ‘medida de peso’, ‘peso que desequilibra la balanza’, que pasa a significar ‘voluntad’ (indudablemente por influencia de la conocida parábola cristiana) y luego ‘ingenio’, ‘talento’; el de parabola, que pasa a significar ‘palabra’, etc. Del mismo modo, paganus - ‘aldeano’, ‘campesino’ y luego ‘civil’ (como opuesto a ‘militar’) adquiere por influencia cristiana el significado de ‘pagano’, ‘no-creyente’ (dado que los cristianos se consideraban como milites Christi: plicare - ‘doblar’, ‘plegar’ adquiere en Iberia (aplicado a la acción de plegar las velas de las naves al atracar) el significado de ‘llegar’ (y port. chegar), mientras en Dacia (aplicada a la acción de plegar las carpas) adquiere el significado de ‘partir’, ‘irse’ (rum. plecă). Otro tipo de cambio semántico, también relativamente frecuente, es el que se registra en los cambios de categoría verbal, es decir, en los casos de adjetivos que adquieren el significado de los sustantivos con los cuales iban normalmente acompañados hasta llegar a sustituirlos (como en el caso de directo por tren directo o de atómica por bomba atómica, en las lenguas modernas). Así, por ejemplo, fontana / aqua / - ‘(agua) de fuente’ adquiere el significado de ‘fuente’ (it. fontana, fr. fontaine, rum. fintina); hibernum / tempus / - ‘(tiempo) invernal’, el de ‘invierno’ (it. inverno, fr. hiver, rum. iarna); focacia / pasta /, el de ‘masa’ (ital. focaccia); pellicia / vestis /, el de ‘tapado de piel’ (ital. pelliccia); singularis / porcus /, el de ‘jabalí’ (it. cinghiale, fr. sanglier); necare / aqua /, el de ‘ahogar’ (it. annegare, fr. noyer, rum. innecá); forestis / silva / ‘(bosque) sin cerca, sin palizada’, el de ‘bosque’ (it. foresta, fr. forêt; es esp., port. floresta interviene además la contaminación con flor); collocare / in lecto /, el de ‘acostar’ (it. coricare, fr. coucher, rum. culcă); formatius / caseus /, el de ‘queso’ (fr. Fromage, it. formaggio); ficatum / iecur / - ‘(hígado) con higos’ (una comida), el de ‘hígado’ (it. Fégato, fr. Foie, prov. Fetge, rum. Ficát: el cambio de acento en la forma continuada en esp., it., fr., prov., se debe al influjo del gr. sykotón).

## B) Fonética.

De las tres cualidades acústicas de los sonidos del lenguaje: (cantidad, intensidad, altura musical), dos tenían en latín valor fonológico distintivo: la cantidad (duración) y la intensidad (acento).

El problema de si el acento latino era melódico o de intensidad no está todavía enteramente resuelto o, por lo menos, hay todavía lingüistas que consideran que el acento latino, aun en la época clásica, fue, como el griego, un acento en primer lugar melódico (es decir, de altura musical, de tonalidad). Tal tesis se basa, ante todo, en la terminología latina relativa al acento, que es una simple traducción de los respectivos términos griegos (la misma palabra accentus es “calcada” sobre el gr. Prosodia). Hay, luego, indicaciones de los gramáticos de las cuales se podría deducir que el acento implicaba en latín una inflexión musical: en primer lugar, un pasaje de Varrón citado en el De accentibus de Sergio, en el que se dice que el acento es “velut anima vocis”. Además, se observa, los romanos nunca indicaron que el acento latino fuera distinto del griego. El acento de intensidad se habría, pues, desarrollado en latín después de la época clásica, dado que no hay duda de que era de esa índole desde el siglo IV d.C. en adelante, según claras indicaciones de varios gramáticos: Servio (siglo IV) dice que el acento está “in ea syllaba quae plus sonat”, y Pompeo (siglo V) que “illa syllaba, quae accentum habet, plus sonat, quasi ipsa habeat maiorem potestatem”.

A pesar de esos argumentos, la mayoría de los lingüistas considera actualmente que el acento latino fue, desde la época prehistórica, un acento de intensidad. La terminología gramatical latina traduce casi siempre los respectivos términos

griegos, pero esto no significa que todos los fenómenos gramaticales latinos sean análogos a los griegos. Además, no puede atribuirse mucha importancia al hecho de que los romanos no observaran que su acento fuese distinto del griego, pues se sabe que cada uno interpreta los sonidos de un idioma extranjera adaptándolos a su conciencia fonológica. Pero el argumento más fuerte a favor de esta segunda tesis es que ya en época prehistórica, y en los comienzos de su historia, el latín debía tener un fuerte acento de intensidad en la sílaba inicial (habiendo perdido el acento libre indoeuropeo, quizá por influencia del etrusco), pues sólo así se puede explicar la debilitación de las vocales en la segunda sílaba (como sílaba postónica), por ejemplo en las palabras compuestas con prefijos: capio-incioio, facio-inficio, arma-inermis.

De todos modos, el problema no tiene mayor importancia por lo que concierne a la caracterización del latín “vulgar”, pues, como se ha visto, hay clara evidencia que en época imperial el acento era de intensidad. Además, es evidente que el acento pudo adquirir valor fonológico propio y exclusivo sólo con la desaparición de la cantidad vocálica, pues, mientras existía ésta, el acento era sólo un elemento prosódico secundario, dependiendo su posición de la cantidad de la penúltima sílaba (recuérdese que el acento estaba en latín clásico en la penúltima sílaba, si ésta era larga o si la palabra tenía sólo dos sílabas; y en la antepenúltima, si la palabra tenía más de dos sílabas y la penúltima era breve) y siendo, por consiguiente, suficiente el ritmo cuantitativo para distinguir los semantemas fonémicamente idénticos.

Desde que el latín tuvo un acento fijo dependiente del ritmo cuantitativo, sus palabras podían ser sólo: a) oxítonas o agudas (monosílabas), b) paroxítonas o llanas (bisílabas o polisílabas con la penúltima larga), proparoxítonas o esdrújulas (polisílabos con penúltima breve). El latín “vulgar” y las

lenguas romances no conservan esta situación sólo por otras razones que se verán luego, pues, normalmente el acento se conserva en latín “vulgar” en la sílaba en que se encontraba en latín clásico.

Así, por ejemplo, muchas palabras que en latín eran esdrújulas son llanas en la mayoría de las lenguas romances, pero no porque el acento haya cambiado su posición sino por la debilitación y la desaparición de la vocal postónica en latín “vulgar” (sobre todo entre ċ y ĭ, entre ĕ, ĭ y ġ, m, d, t), fenómeno por el cual las sílabas antepenúltimas se volvieron penúltimas: dóminus > domnu, víridum > virde, óculum > óclu, aurícula > orícla, tábula > tábla, cálidum > cáldu, áalterum > áltru, sáeculum > sáclu, perículum > períclu, cólaphum > cólpu, etc. Es éste un fenómeno general en el latín “vulgar”, como lo demuestran las continuaciones romances de los ejemplos citados, pero en las lenguas occidentales, como el español y el francés, la tendencia a reducir las palabras esdrújulas a llanas es más pronunciada que en las orientales (italiano, rumano), que conservan un número mayor de proparoxítonas (cf. esp. fresno, tabla, peine, fr. frêne, table, pieane, it. frássino, távola, péttino, rum. frásin, piéptine). Otros cambios aparentes en la posición del acento surgen por la caída de varias vocales finales, y en francés todas las palabras han llegado a ser oxítonas por la reducción de las sílabas postónicas en todas las palabras heredadas. Pero, repetimos, se trata de cambios aparentes, desde el punto de vista histórico, aunque afecten a veces todo el sistema de una lengua: la regla general es que el acento se mantiene en la misma sílaba en la que se encontraba en latín clásico.

Las excepciones a esta regla son relativamente pocas: a) En latín “vulgar” no encuentra aplicación la conocida regla de la muta cum liquida (es sabido que en latín clásico muta cum liquida, es decir, oclusiva + ĕ, ĭ, no hacían “posición”: delante de

muta cum liquida una vocal breve por naturaleza quedaba tal y no se volvía “larga por posición”, a los fines de la acentuación. Como ocurría delante de otros grupos consonánticos; por consiguiente, si se trataba de una sílaba penúltima -en palabra polisílaba-, ésta no llevaba acento), por lo cual una sílaba penúltima (en palabra polisílaba) lleva acento siempre si su vocal es seguida por más de una consonante: lat. cl. íntegrum > lat. vulg. intégru (entero), cáthedra > catédra (cadera), ténebras > tenébras (tiniebla), cólubra > colúbra (culebra).

B) En los verbos compuestos con prefijos el acento queda en la raíz del verbo y no pasa al prefijo (como en latín clásico), siempre que se mantenga la conciencia de la composición: renegat > renégat (reniega), recipit > recípit (recibe), implicat > implícac (emplea). El acento en el prefijo se mantiene sólo en algún caso en que se pierde el sentido de la composición: comedit > come, collocat > cuelga. Pero tales casos no son normales: en general, no sólo se mantiene el sentido de la composición, sino que se rehace el análisis de los verbos compuestos y se restituye a sus temas la forma primitiva: attingit > attangit (atañe), displicet > displacet (it. dispiace), continet > continet > contenet (contiene).

C) En latín clásico la desinencia de 3a. Pers. Plural del pretérito perfecto de indicativo, -erunt <con e breve> se volvió -erunt <con e larga> y se acentuó, por analogía con las formas en -ere (dixerunt - dixere, facerunt-fecere), mientras en latín “vulgar” se mantuvo y se repuso la forma arcaica fécérunt, díxerunt, lo cual explica las formas fr. firent, dirent, it. fécero, díssero, rum. feácera (arc.), zísera. Pero el español, en este caso continúa las formas clásicas en -erunt (dijeron, hicieron).

D) En el caso de i, e <breves>, en hiato, el acento pasa a la vocal siguiente: pariétem > parétem (pared), aviólum > aviólum (abuelo), filíolum > filiólum (hijuelo), mulíerem > muliérem (mujer). Si la vocal en hiato es u, ésta desaparece y el



acento pasa a la sílaba anterior: battúere > báttere (fr. battre, it. báttere, rum. bate), consúere > césere (rum. coase).

E) En los casos oblicuos de iste, ille, el acento tiende a pasar a la última sílaba (en Plauto se encuentran illum e illúm). En español, él, ella continúan la acentuación de ille, illa, mientras en lo, la se continúa la de illúm, illám. Lo mismo ocurre con illic, illac (> illíc, illác), por influencia de hic, hac (cf. esp. allí, allá).

F) Varios cambios de acento ocurren por cambio de conjugación (pasaje de la 3a. a la 2a. o viceversa): por ej., cádere > cadére (caer).

G) Finalmente, unos pocos cambios de acento, cada uno con su explicación específica, ocurren en algunas palabras aisladas. Así, secále se vuelve ségale (cf. it. ségala, fr. seigle; pero rum. secára); ficátum se vuelve fícatum (hígado) por influencia del gr. sykotón (el latín, que no tenía polisílabos oxítonos, adaptaba como esdrújulos los oxítonos griegos; cf. parabolé - parábola, epistolé - epístola; trifólium se vuelve \*trifolum (esp. trébol, fr. tréfle; pero it. trifoglio, rum. trifoiu, de trifolium). La acentuación griega se mantiene, contrariamente, a las normas latinas, en palabras como éremus (erémus), bútyrum (butýrum): esp. Yerno, it. Ermo, burro; y por lo que concierne en particular al español, en Isidro (lat. Isidórus > Isidoro) y Ebro (lat. Hibérus).

La cantidad vocálica se pierde si el latín hablado imperial (siglos II-III) y se sustituye por la cualidad, con lo cual el sistema vocálico latino sufre un cambio fundamental. Aquí hay que entender bien el lenguaje de la lingüística histórica: no se quiere decir que la cantidad desaparezca, pues ella se mantiene en varios casos en la norma y con valor estilístico, ni que surge en cambio la cualidad, pues ésta existía ya antes (las vocales breves eran seguramente abiertas, y las largas,

cerradas), sino sólo que la cantidad pierde el valor fonológico distintivo y lo adquiere, en cambio, la cualidad (que antes era sólo un aspecto “no-pertinente” de la realización acústica), con lo cual se modifica profundamente el sistema de la lengua. Al mismo tiempo, por la semejanza del timbre, la i breve (abierta) y la u breve (abierta) se confunden, respectivamente., con la o cerrada y o cerrada (en las inscripciones encontramos: karessemus, Semul, menus, colomna, en lugar de carissumus, simul, minus, columna). De esta manera, las diez vocales del latín clásico (a <breve>, a <larga>, e <breve>, e <larga>, i <breve>, i <larga>, o <breve>, o <larga>, u <breve>, u <larga>) quedan reducidas a siete (a <central>, e <abierta>, e <cerrada>, i <alta, anterior>, o <abierta>, o <cerrada>, u <alta, posterior>):

Latín clásico	ī	ī	ē	ē	ā	ā	ō	ō	ū	ū
Latín vulgar	i	e	e	a	o	o	o	u		

Tal esquema explica el vocalismo del español, portugués, catalán, francés, provenzal, italiano, pero no el de Cerdeña, donde i <breve>, u <breve> conservan su timbre (por ej., pilu, pira, gula, furca, guta -cf. esp. pelo, pera, gola, horca, gota), ni tampoco el de Dacia, donde i <breve> se vuelve e (siccus > sec) pero u breve se conserva como u (gura, furca, guta), como ocurre también en los elementos latinos del albanés. Por consiguiente, para el sardo el esquema debería ser:

a a e e i i o o u u  
a e e i o o u

y para el rumano:

a a e e i i o o u u

a e e i o o u

Los diptongos ae y oe se simplifican, respectivamente, en e <abierta> y o <cerrada>: quaerit > querit, caelum > celum, poena > pena. El latín “vulgar”, por consiguiente, e <abierta> procede de e y ae; e <cerrada> de e <larga>, i <breve> y oe). Tales simplificaciones eran populares ya antes de la época a la que atribuimos el latín “vulgar”. El diptongo au, que se simplificaba en el lenguaje rústico y popular ya en la época clásica, se reduce a o <abierta> en el habla de varias regiones: auricula > orica, aurum > oro (pero se conserva hasta la actualidad en rumano, donde aurum > aur; lo mismo ocurre en sardo, en italiano meridional y, parcialmente, en provenzal); si en la sílaba siguiente hay una u <larga>, el mismo diptongo se reduce a a: Augustus > Agustus, augurium > aguriu (esp. agosto, agüero); al mismo tiempo, nuevos diptongos au surgen por la caída de consonantes intervocálicas: avica > \*auca, parabola > \*paraula, fabula > \*faula, cantavit > \*cantaut.

También se reducen (o consonantizan, o caen) las vocales en hiato. Así, tenemos casos de reducción en: prehendere > prendere, cohorte > corte, parietem > paretem, quietus > quetus (quedo); i <breve>, e <breve> en hiato se vuelven normalmente y (i consonante): facio > \*fakyo, habeat > \*abyat, sapiat > \*sapyat, vinea > \*vinya; la u <breve> en hiato, muy a menudo, cae: mortuum > \*mortu, battuo > \*batto, quattuor > quattor, ianuarium > \*ienariu, februarium > febrarius. Pero en

algunos casos el hiato se mantiene; así, por ejemplo, en diem, pium, fui, deus, meus, tuus, via, etc.

Las consonantes del latín clásico eran las que aparecen en el siguiente cuadro:

	labiales	lab- dent	dent- alve	palatales	velares
oclusivas	p b		t d		k g
fricativas	w	f	s	y (i cons)	
vibr-liquid			r l		
nasales	m		n		

En el cuadro no aparece la consonante h porque, aunque mantenida en la grafía, ella desaparece en la pronunciación ya en el siglo I a.C., en la época de Cicerón. En efecto, en las inscripciones encontramos formas como omo (homo), abere (habere), hinsidias (en lugar de insidias: caso de hipercorrectismo).

Tal cuadro no se modifica sustancialmente en el latín “vulgar” (la única novedad importante es la aparición de nuevas palatales); pero ocurren varios desplazamientos internos:

P - Se mantiene.

B - desde el siglo II, se confunde a menudo con la w (u consonante), particularmente en posición inicial y sobre todo en Italia y África; en las inscripciones encontraremos: deuere, uene, boce, por debere, bene, voce; (es éste un fenómeno que será luego característico en español, y es interesante hacer notar aquí que el latín de Iberia tiene varias isoglosas en común con el latín de África).

T - En posición final, que en el lenguaje popular caía ya en época clásica (Cicerón indica como “rusticitas” el no pronunciar las consonantes s, t, r finales), desaparece en casi todo el Imperio: cantat > canta, cantant > cantan (se conserva sólo en Galia septentrional y Cerdeña).

D - se conserva.

E - se conserva delante de a, o, u, mientras delante de e, i, asume en casi todo el Imperio (menos Cerdeña y Dalmacia) una articulación cada vez más anterior, hasta palatalizarse, volverse africada o asibilarse (> tsh > ts > s). En las inscripciones, sobre todo en las tardías, se encuentran formas como: paze, fesit, Bintcente, intcitamento (por pace, fecit, Vincente, incitamento), que tratan de reflejar la nueva pronunciación. Es difícil establecer con exactitud el grado de palatalización o asibilación y la época en que tales fenómenos ocurrieron; los estudiosos oscilan para su ubicación entre los siglos III y VI, inclinándose la mayoría de ellos por el siglo IV. Además, es indudable que ese desplazamiento de articulación no ocurrió contemporáneamente en todas las regiones del Imperio y tampoco en la pronunciación de todas las clases sociales; mientras ciertos hablantes ya pronunciaban ts (ch) o ts, habrá

habido, indudablemente, otros que pronunciaban todavía la k como velar, continuando la pronunciación de la época clásica. De todos modos, las lenguas romances orientales (italiano, rumano) conservan hasta hoy la fase ts (ch) (cf. it. cielo, cena; rum. cer, cina), mientras las occidentales presentan fases ulteriores (ts > 0 (th), s). En Cerdeña, en cambio, la velar de la época clásica se mantiene identificada delante de todas las vocales (logud. Kelu, kerbu - cielo, cielo); lo mismo ocurre en el dalmático meridional (Ragusa), mientras en el dalmático septentrional (Voglia) se palataliza la velar sólo delante de i y se mantiene delante de e (cf. Kaina, plakar - cena, placer).

G - como K, se mantiene delante de a, o, u, y asume, en cambio, una articulación anterior, en casi todo el Imperio, delante de e, i, llegando, en época imprecisada, a ɣ (fricativa palatal) y a dz, z. Como en el caso de K, el desplazamiento de articulación no ocurre en sardo ni en el dalmático.

W - (u consonante; en la grafía: u, V) se confunde a menudo con h y u vocal (en el Appendix Probi encontramos: “rivus non rius”).

S - en posición final desaparece en la Romania oriental (Italia y Dacia), desde el siglo II d.C., conservándose, en cambio (y hasta reponiéndose, por influencia culta, de la lengua escrita, también en los casos en que ya caía en el latín arcaico y en el habla popular), en la Romania occidental (Iberia, Galia, Cerdeña). El hecho es muy importante porque afecta profundamente, como ya se ha visto, las desinencias nominales y verbales. La s inicial impura (es decir, seguida por otra consonante) toma a menudo, desde el siglo II d.C., una vocal (i o también e), sobre todo si la palabra que precede no termina en vocal: illa spatha, pero cum ispatha; illa schola, pero in ischola; spiritum > espiritum. Este fenómeno caracteriza hasta la actualidad los romances de Galia e Iberia.

Y - (i consonante; en la grafía: i) se conserva.

R - normalmente se mantiene; en posición final desaparece en alguna región (Dacia, Lusitania): frater > rum. Frate; mater, pater > port. Mate, pate > mae, pae.

L - normalmente se mantiene; sólo hay que observar que delante de una consonante o cuando es doble (alba, alter, stella), asume una articulación cada vez más velar, acercándose a una u.

M - en posición final desaparece. En realidad. Ya en la época clásica y en la lengua literaria. No se pronunciaba sino, a lo sumo, como nasalización de la vocal precedente (Quintiliano: “etiamsi scribitur tamen parum exprimitur”). Sólo se conserva en algunos monosílabos como quem (esp. Quien), rem (fr. rien).

N - se conserva normalmente, desapareciendo sólo a veces en posición final: examen > exame, aeremen > aerame.

Algunos cambios importante ocurren en ciertos grupos consonánticos:

NS > S: así: mensa > mesa, sponsi > sposi, insula isula, consuere > cosere, constat > costat (cf. Esp. Mesa, esposo, isla, coser, cuesta)

RS > SS ya en el siglo I, particularmente en Iberia (App. Pr. “persica non pessica”)

KS > S (ex > es, xt > st): dexter > dester (inscr.)

Cons + Y. Son éstos de los grupos históricamente más importantes, pues está entre los menos estables, ya que, por influencia de la Y, la consonante precedente llega a menudo a palatalizarse (cf. La pronunciación esp. vulg. Antoño, por Antonio) o a asibilarse. Los grupos más frecuentemente afectados son: TY, KY, DY, GY, LY, NY.- TY y KY se

confunden frecuentemente en una única articulación palatal (probablemente t') desde el siglo III, según lo demuestran grafías erróneas como: concupiscencia por concupiscentia, acatia por acacia,  mendatium por mendacium, erudicio por eruditio, patientiam por patientiam; ulteriormente (siglo IV), la palatal se vuelve africada (ts) y hasta sibilante, según lo demuestran grafías como: proinse (provinciae), aecletiae (ecclesiae), Vincentza, Terensius, Laurenzio. Por lo que concierne a ty, tenemos el interesante testimonio de Papirio (s.V): “iustitia cum scribitur tertia syllaba sic sonat quasi constet ex tribus litteris: t. z. et i”. DY y GY se confunden a menudo en una única articulación palatal, según lo demuestran grafías como: fastigium por fastidium, corridiae por corrigiae, anoget (< \*inodiat), y llegan a dar y (cf. corrigia > esp. correa, adiuto > esp. ayudo; App. Pr.- “calestegis non calosteis”). Pero, con frecuencia también, y desde muy temprano (s. II), DY se asibila, transformándose en Z, según se deduce de grafías como oze por hodie; baptidiare por baptizare (Per. Aeth.), y también de la transcripción de la letra griega zeta con di y viceversa (cf. medium > it. mezzo, rum. miez). LY, NY se palatizan ciertamente ya en la época imperial, dando L', N' (filia > filya > \*fil'a; vinea > \*vinya, > \*vin'a), aunque falten grafías bastante antiguas que puedan demostrarlo: en efecto, sus resultados en las lenguas romances no dejan lugar a dudas.

KW, GW - (en la escritura: qu, gu) se conservan normalmente delante de a y pierden, en cambio, el elemento labial (w) delante de las demás vocales. En el Appendix Probi encontramos: “coquens non cocens”, “coqui non coci”; cf., además, quando > esp. cuando, it. quando; pro quem > esp. quien (es decir, kyen), quis > it. chi.

C) Morfología. Cambios esenciales (en los que se manifiesta una fuerte tendencia al análisis y a las formas perifrásticas, en



sustitución de las formas sintéticas anteriores) ocurren en el sistema morfológico del latín hablado de la época imperial. Se trata de cambios tan profundos que, al ser llevados a cabo, llegan a modificar radicalmente el mismo tipo lingüístico del latín, alejándolo notablemente del tipo arcaico que representaba, hasta el siglo I d.C., en el conjunto de las lenguas indoeuropeas. Si es que los cambios lingüísticos reflejan un cambio de metalidad, de visión de mundo, tal cambio puede comprobarse sobre todo en las modificaciones que sufre en época imperial el sistema gramatical del latín, las que muy pronto hacen que las variedades neolatinas se opongan al latín “clásico” verdaderamente como “otras” lenguas.

Las cinco declinaciones se reducen a tres: I, II y III. La 4a. Declinación se confunde con la 2a. Por tener algunas desinencias en común con ella y por existir, ya en latín clásico, sustantivos (nombres de árboles) que admitían los dos paradigmas. Los sustantivos de 5a. declinación, que no eran muchos, pasan en parte a la 3a. y en parte a la 1a. con las cuales la 5a. Presentaba cierta analogía en las desinencias (además, ya en latín clásico había sustantivos que tenían dos formas, una de la 1a. Declinación y otra de la 5a.: avaritia y avarities, calvitia y calvities; se eliminan, pues, las formas de la 5a. Y se conservan las de la 1a.).

Los casos oblicuos tienden a confundirse con el acusativo, es decir que se manifiesta la tendencia a reducir los casos gramaticales a dos: un caso recto y un caso oblicuo.

El neutro se confunde con el masculino, particularmente en la 2a. declinación (por la desaparición de la m final); pero, en general, el neutro tiende a desaparecer también en la 3a. Declinación y en la 4a. (Los pocos neutros de la 4a. Pasan, naturalmente, a la 2a.).

En la 3a. declinación, las tres clases de adjetivos se reducen a dos, pasando los adjetivos de tres terminaciones a la categoría de los de dos terminaciones. También hay varios pasajes de adjetivos de la 3a. Declinación a la clase de los de la 1a. Y 2a.; en el Appendix Probi encontramos: “acre non acrum”, “pauper mulier non paupera mulier” (cf. Cena Trimalch., pauperorum por el clásico pauperum), “tristis non tristus”.

Las formas de comparación sintéticas en -ior, -ius desaparecen y se sustituyen por las formas perifrásticas con magis y plus (normales ya en latín clásico, en los adjetivos terminados en -eus, -ius, -uus, como idoneus, egregius, vacuus).

En los numerales se introduce cierta normalización y una mayor asimilación a los adjetivos, mediante formas analógicas como du por due y \*ambi por ambo. Los numerales de 17 a 19 (en el caso del español también 16) pasan de la forma aglutinada a la forma analítica: dece ac septe, dece ac octo, dece ac nove. En los nombres de las decenas se verifican contracciones viginti > venti, triginta > trenta.

Entre los pronombres y adjetivos numerales, ego se vuelve \*eo (sard. eo, esp. yo, port.rum. eu, it. io, ant. fr. gié, prov. iéu); ille, ipse se emplean cada vez como pronombres personales de 3a. Persona. Los posesivos enclíticos se hacen cada vez menos numerosos: frater meus > meus frater (pero no ocurre así en Italia meridional y Dacia, donde se mantienen las formas enclíticas; cf. rum. frate-meu, mama-mea); vester vuelve, por analogía con noster, a la forma arcaica voster; hic sustituye a menudo a is que, a su vez, es sustituido por ille: idem desaparece, reemplazado por id ipsum, y se juntan y aglutinan pronombres para lograr mayor expresividad: iste ipse, ecce iste, \*metipse (istū ipsū > it. stesso; ecce istū > rum. acest; \*metipsum > it. medesimo, esp. mismo, fr. même, etc. Alter prevalece sobre alius, que se desaparece; uter desaparece;

quidam y aliquis son sustituidos, respectivamente, por certus (homo cuidam > certus homo) y alicunus (esp. alguno).

También el sistema verbal se modifica profundamente. Los verbos deponentes pasan a la voz activa: sequor, machinor, nascor se vuelven \*sequo, \*machino, \*nasco (cf. En Cena Trim., argutat por argutatur, loquere por loqui). Varias formas desinenciales desaparecen y se susstituyen por formas analíticas (con verbos auxiliares): el futuro imperfecto en -bo, -bis y en -am, -es se sustituye por el perifrástico con habeo o volo (en lugar de cantabo: cantare habeo, cantare volo; más tarde la forma con habeo se aglutinará: cantar-e); al lado del perfecto feci aparece el perfecto factum habeo o habeo factum (he hecho). El imperativo futuro desaparece, extendiéndose el uso del imperativo presente; también desaparece el imperfecto del subjuntivo (conservándose sólo en Cerdeña y parcialmente en Dacia); el inifinito perfecto desaparece y se rehace luego perifrásticamente (lat. Cantavisse- esp. Haber cantado); el participio futuro activo pierde el valor verbal y se vuelve un simple elemento de vocabulario (adjetivo); también desaparece el gerundivo (el llamado participio futuro pasivo), que se confunde con el gerundio: con éste desaparecen las dos conjugaciones perifrásticas, activa y pasiva.

Hay, además, muchos pasajes de una conjugación a otra. Así, los verbos en -io de la 3a. conjugación (tipo capio), por analogía con el tipo audio (con el cual tenían varias formas en común), pasan a la 4a. conjugación: cupere se vuelve cupire (forma que ya se encontraba en lat. arcaico) y mori, moriri (y luego morire)- cf. App. Pr. “fugere non fugire”. Dado que en lat. vulg. eo > io, también muchos verbos de la 2a. conjugación pasan a la 4a. (ere > ire): las lenguas romances continúan \*florire, \*implire, \*lucire, \*putrire, putire, \*languire. Por otro lado, verbos de la 3a. (en ere) pasan a la 2a., confundándose con los verbos en -ere; así \*papere, \*cadere. Y, viceversa, verbos en -

ere pasan a la 3a. conjugación (en -ere <-e breve>): ridere, tendere, respondere, \*mordere, augere, miscere, \*torquere. Los infinitivos anómalos, como posse, velle, se alargan y se regularizan, rehaciéndose sobre la base de formas que ellos mismos presentan en su conjugación, como potui, volo, volebam (\*potere, \*volere); del mismo modo, esse se vuelve \*essere; sufferre > \*sufferere > \*sufferire, offerre > offerere > offerire, sequi > \*sequere > sequere.

En los presentes de -eo, -io desaparece a menudo el elemento y: \*sento, \*dormo; en Iberia y Oriente también morior > \*morio > \*moro (y se mantiene, sin embargo, en toda una serie de verbos como: debeo, deceo, iaceo, maneo, placeo, soleo, taceo, teneo, valeo, video, audio, salio, venio, frurio, capio, sapio, etc.). Se forman muchos incoativos en -usco (floreo > \*florisco, obedio > \*obedisco). Las desinencias en el plural tienden a confundirse con las de los verbos en -are. En los verbos muy empleados, como habere, stare, dare, vedere, facere, el latín “vulgar”, según se deduce de las lenguas romances, debía tener formas próximas de presente de indicativo, distintas de las clásicas; así, de habere: \*havo, \*has, \*hat..., \*habunt; de stare: \*stao, de dare > \*dao, \*daunt; de vadere: \*vao, \*vaunt; de facere: \*faceo, \*fao, \*fas, \*fat, \*famus, \*fatis, \*faunt. Los presentes de posse y velle se vuelven regulares (de \*potere y \*volere). En cambio, se mantiene bastante bien el presente de indicativo de esse.

Los cuatro tipos de presente de imperativo e indicativo se reducen a tres. En el imperfecto de indicativo, al lado de las desinencias -bam, -bas, -bat, aparecen las desinencias \*-ía(m), -ías, -íat, -íamus, -iázis, -íant. En el perfecto de indicativo, -avi e -ivi se contraen en -ai e -ii. Sobre modelos como dedi, se crean formas analógicas como vendidi. Se difunden en los verbos de la 3a. Los perfectos de -ui y -si: \*movui, \*comovui, \*bibui, \*recepui, \*rupui, \*stetui, \*fransi, \*tolsi, \*volsi, \*quaesi, etc.

Las formas contractas, como cantaram y cantasem, adquieren gran difusión, eliminando a las formas largas, como cantaveram y cantavissem (después de Augusto, las formas contractas son las normales).

Las formas pasivas desaparecen totalmente, rehaciéndose luego con el mismo auxiliar esse (que se empleaba en latín clásico para los tiempos perfectos), pero sobre nuevas bases. De toda la voz pasiva, queda sólo una reliquia: el participio pasado en -atus, -itus, -utus, que se conserva hasta la actualidad con el sentido de pasivo, aunque no con el pasado. En ese participio se multiplican las formas en -tus, -sus: \*offertus, \*persus, \*faltus, etc.

En conclusión: más que una corriente evolución se asiste a una verdadera revolución en el sistema verbal latino.

Profundas modificaciones intervienen también en lo que atañe a los vocablos déicticos (además de los pronombres, que ya vimos), actualizadores y relacionadores. Así, en los adverbios de lugar, que se vuelven más numerosos (por composición), se pierden a menudo la distinción entre estado en un lugar y movimiento hacia un lugar (entre locus ubi y locus quo, o sea, entre lugar propiamente dicho y dirección), y la de otros matices del latín clásico. Entre los adverbios de tiempo, se conservan hodie (esp. hoy, port. hoje, it. oggi, fr. -hui en aujourd'hui y heri (esp. ayer, it. ieri, fr. hier, rum. ieri); se pierde, en cambio, cras, sustituido por mane, de mane (rum. mine, it. domani, fr. demain); nunc y olim se emplean poco.

Los adverbios de manera, exceptuándose unos pocos que se conservan (como bene, male), toman la forma neutra de los adjetivos correspondientes: se confunden, pues, con el masculino del adjetivo los derivados de adjetivos de 1a. y 2a. declinación (dada la caída de m final), y terminan en e los derivados de adjetivos de la 3a. (por consiguiente: fortiter > forte). Además,

para insistir en la actitud espiritual del individuo (seguramente por influencia cristiana), se crea una nueva forma adverbial, con el femenino del adjetivo y el sustantivo mens en ablativo (claramente, forte-mente), forma que más tarde se aglutinará y se volverá la forma adverbial normal en español y en todos los romances occidentales.

Muy características del latín “vulgar” son las nuevas preposiciones “sintéticas”, creadas para lograr una mayor determinación espacial y temporal: abante (it. avanti, fr. avant), in-abbante (rum. inainte), de subtus, de foris, de intus, de trans, de retro, in contra, etc.

D) Sintaxis. Una revolución parecida a la que sufrió el sistema verbal se verifica en la sintaxis: toda la construcción de la frase latina se modifica profundamente. En general, la frase se vuelve mucho más sencilla, abandonándose el complejo hipérbaton, que ya en la época clásica era más bien literario, y prefiriéndose a menudo la parataxis a la hipotaxis; el orden de las palabras se vuelve más fijo; los sintagmas sintéticos se vuelven en buena parte analíticos.

Aparecen en la lengua hablada nuevas formas de determinación: ille, unus se emplean cada vez más con valor de artículos o de casi-artículos: así, en la Vulgata, homo ille muchas veces no significa propiamente “aquel hombre”, sino más bien “el hombre”.

Dada la confusión de los casos oblicuos desinenciales con el acusativo, en lugar del genitivo se emplea el acusativo con ex, ab y, sobre todo, con de, particularmente, y en primer lugar, en sintagmas como: urbs Romae, timor Dei; y en lugar del dativo (complemento indirecto) se emplea el mismo acusativo (o caso oblicuo general) con la preposición ad.

El posesivo de 3a. Persona suus, sua, suum, particularmente en plural, es sustituido a menudo por el genitivo de los demostrativos is, ille; pero, sobre todo, se pierde la distinción entre suus y eius, illius.

La comparación de los adjetivos, como ya se ha visto, se hace con magis, en primer término, y luego también con plus (conservan magis las áreas laterales, es decir, Dacia e Iberia: rum. mai, esp. más, port. mais; presentan, en cambio, plus Italia y Galia: it. più, fr. plus), y el complemento del comparativo no se construye más en ablativo sino sólo con quam, o también con de (magis fortis quam; magis fortis de). El superlativo en -issimus cae en desuso (será reintroducido más tarde, por influencia culta) y en la forma analítica se emplea cultum en lugar de maxime (cf. esp. muy bueno, it. molto buono); el complemento de superlativo se construye con de, de in (en lugar de ex, inter).

El acusativo con infinitivo se sustituye por oraciones subordinadas normales, particularmente con quia (cf. Cena Trimal. “Dixit quia mustela comedit”).

En los complementos de lugar se confunden con frecuencia las distinciones entre estado y movimiento (como en los respectivos adverbios) y caen en desuso los complementos de lugar sin preposición (los tipos como Romae, Romam, pasan a in Roma, ad Roma). En general, son raros los complementos sin preposición: como grupos nominales se conservan sólo los complementos de duración (regnavit tres annos) y de precio o valor (constat tribus assis). El complemento de causa no se construyó más con el ablativo ni con el acusativo con ob, propter, sino con pro (esp. por); la expresión del complemento de instrumento se confunde con la del complemento de compañía, empleándose la preposición cum.

Un hecho que interesa a la sintaxis tanto como a la morfología es el de las perífrasis verbales. Ya vimos la del futuro con habeo o volo (y también con debeo), que luego se aglutinará, creándose así un nuevo futuro “simple”. Una perífrasis semejante es la del participio empleado como complemento, del tipo habeo coltellum compratum (literalmente: “tengo un cuchillo comprado, tengo comprado un cuchillo”, que dará origen al pretérito compuesto (esp. He comprado), por perder gradualmente el verbo habere su valor de semantema y volverse simple auxiliar, es decir que de a poco el tipo habeo hoc factum se vuelve equivalente a hec feci. Perífrasis verbales, y en particular la forma reflexiva, se emplean también para expresar la voz pasiva (dicitur > se dicit, prohibetur > se prohibet).

Cambios esenciales intervienen, asimismo, en las formas de la frase.

En la oración negativa se generaliza non, que sustituye a las otras negaciones, como haud, que desaparece completamente. Se vuelven, además, corrientes las formas con dos negaciones (que no admitía el latín clásico), como: non respondit nihil (It. cl. nihil respondit), non vide neminem (lat. cl. neminen vidi), y, para lograr mayor expresividad, se insiste en la negación añadiendo nombres que indican objetos pequeños o actos breves como: res, gutta, mica, punctum, pluma, passus (non video rem, non videoguttam, non video punctum, etc.); nombres que poco a poco perderán su valor de semantema y se volverán simples morfemas de negación (cf. Fr. Rien, pas, point, it. Mica). En lugar de nisi (para indicar una excepción en la negación) se emplea non... magis (no más).

En la oración prohibitiva se emplea poco el imperativo con negación y cae en desuso la forma noli + infinitivo (tipo noli tangere - “no toques”). En su lugar se usa ne + subjuntivo



presente (ne plores - “no llores”) o non + infinitivo (non cantare - it. non cantare, rum. nu cintá).

La oración interrogativa se simplifica, desapareciendo las varias partículas interrogativas, como utrum, an, ne, num, nonne, y se pierden, por lo tanto, los varios matices que mediante ella expresaba el latín clásico, o, mejor dicho, la expresión de tales matices queda a cargo del contexto y la entonación.

En las contestaciones a una interrogación se deja de repetir el verbo empleado por el primer hablante, como se hacía en latín clásico: (Fecisti hoc? Hoc feci, sic feci; Dixisti? Dixi), prefiriéndose la brevedad del simple hoc (Fecisti hoc? Hoc) o del adverbio sic (Fecisti? Sic), que se vuelven partículas afirmativas (esp. it. sí, port. sim, prov. oc; en francés tenemos hoc illum > oil > oui). En las interrogativas modales, quomodo se reduce a \*quemo (esp. port. cómo, it. come, rum. cum). En las interrogativas de lugar, ubi se emplea también para dirección, eliminando a quo (Quo vadis? Ubi vadis?); en las interrogativas de tiempo y de cantidad se mantiene quando y quantum (esp. cuando, cuánto; it. quando, quanto; fr. quand; rum. cínd, cít).

El período coordinado se mantiene semejante al del latín clásico (pero et sustituye las demás conjunciones copulativas de idéntico significado, como ac, atque, -que; vel es sustituido por aut: esp. It. Q, fr. Ou; seu se mantiene sólo parcialmente: rum. Sau; sed, at, verum, petius ceden su función a magis: esp. Más, port. Mais, it. Ma, fr. Mais), con la diferencia que, como ya se dijo, se vuelve mucho más frecuente.

El período subordinado, en cambio, no sólo se emplea menos que en latín clásico sin que también se diferencia notablemente. He aquí algunos de los cambios más importantes:

La interrogativa indirecta se transforma en completiva (con infinitivo): nescio quid dicem > nescio quid dicere, nescio

quo eam > nescio ubi ire. En las interrogativas indirectas dobles, utrum y an se sustituyen por si: Snescio utrum Romanus an barbarus sit > nescio si Romanus aut barbarus est; die mihi an Romanus sis > dic mi si Romanus es. La conjunción ut desaparece, sustituida particularmente por quod; el cum temporal es sustituido por quando; dum, por dum interim (domentre, dementre -esp. Mientras, it. Mentre); quoniam se sustituye por quia y, sobre todo, por quod; sicut y quemadmodum se sustituyen por quomodo (\*quomo), sic (quomodo) sic (\*quomo) esp. como; el ut comparativo se pierde.

15. Todo lo que hemos dicho anteriormente no ocurre por supuesto independientemente de la historia del imperio romano. La fragmentación de la lengua latina hablada depende de factores históricos y se encuentra en estrecha dependencia de la historia política y cultural de la Romanidad. Es por ello necesario considerar brevemente estos factores antes de tratar la cuestión de cómo se reflejan en el desarrollo lingüístico.

Bajo Trajano alcanzó prácticamente el Imperio Romano su máxima extensión territorial con la conquista el año 107 d.C. de la Dacia. Podríamos decir que después de esta fecha cambió completamente la orientación vital del imperio: dejó de buscar nuevas conquistas, y en su lugar tuvo que fortificar sus fronteras contra pueblos diversos, en Oriente contra los Partos y en Europa contra los Germanos. En los dos siglos siguientes a la ocupación de la Dacia todas las provincias (con la excepción de Grecia y de las zonas griegas o grecizadas) se romanizan profundamente: Roma domina su Imperio no sólo bajo el aspecto político y militar sino también lingüística y culturalmente. Pero, al mismo tiempo, en el enorme estado hasta entonces tan estrictamente centralizado, empieza un movimiento de descentralización política y económica. El primer síntoma y efecto de esa descentralización es la

decadencia del prestigio de Italia y de Roma en el Imperio. En los comienzos de la hegemonía de Roma en Italia y durante casi toda la época de la república, eran ciudadanos romanos solamente los latinos y los laciales. En el año 90 a.C. se otorga la ciudadanía a todos los pueblos itálicos. Por otro lado, ya en la República, pero sobre todo durante el Imperio, las provincias se colonizan con ciudadanos. Ciudadanos romanos se dirigen hacia las provincias, donde se radican y viven como funcionarios, militares, comerciantes, terratenientes, etc., relacionándose y mezclándose con las poblaciones locales. Empieza, pues, a haber muchos ciudadanos provincianos, muchos ciudadanos que viven toda su vida en las provincias y ciudadanos que nacen en las provincias. Al mismo tiempo, para la defensa de sus fronteras, el Imperio necesita un número cada vez mayor de soldados. Al principio los soldados eran todos laciales, pero, por las continuas guerras, se vuelve necesario que también los itálicos pasen a integrar las filas de las legiones, que luego se abren asimismo para provincianos y hasta para extranjeros, los cuales, ya por el hecho de ser soldados del Imperio, adquieren la ciudadanía romana. Con el tiempo, el número de provincianos y extranjeros en el ejército aumenta cada vez más, y se reduce, en cambio, proporcionalmente, el número de los latinos y de los itálicos, que tienen mayores pretensiones. Ya el Emperador Vespasiano reduce oficialmente el número de los italianos en las legiones, y de a poco los soldados laciales e itálicos quedan sólo en las cohortes de pretorianos, que permanecen en Italia, mientras que el ejército que combate en las fronteras está constituido casi enteramente por provincianos y extranjeros.

Por otro lado, las provincias (particularmente Hispania y Galia) adquieren gradualmente mayor importancia económica, por ser más ricas que Italia. De esta manera, las prerrogativas y el prestigio de Roma en el Imperio disminuyen cada vez más. Aun siendo siempre la capital del Imperio, Roma no es más el lugar de residencia de los emperadores: mientras los

emperadores de la dinastía Julia residían normalmete en Roma, los Flavios residen entre Roma y las provincias, y los emperadores militares apenas si pasan por la capital, para hacerse confirmar o para celebrar los triunfos. Los emperadores se proclaman en las fronteras donde combaten las legiones y viven en las provincias, con el ejército. Al mismo tiempo, los ciudadanos provincianos son los más activos en la vida económica del Imperio, y también en la vida política y cultural. Hasta los Claudios, Roma es el centro comercial del Imperio; más tarde, en cambio, las provincias establecen un tráfico independiente entre ellas: así, por ejemplo, Galia, al comerciar con Panonia, no lo hace a través de Roma, sino directamente, a través del Norte de Italia. Muy pronto, en la misma Roma, los elementos más ricos y cultos proceden de las provincias, sobre todo de Hispania y Galia, que son las más adelantadas. Proceden de Hispania, como es sabido, hasta emperadores como Trajano y Adriano, y escritores de los más ilustres, como los dos Sénecas, Quintiliano, Lucano, Marcial. Todo esto prepara un acontecimiento fundamental en la historia del Imperio: el acto llamado Constitutio Antoniana, mediante el cual, en 212 d.C., el emperador Caracalla otorga la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio.

Con el edicto de Caracalla se consagra la descentralización del Imperio. Poco tiempo después, intervienen otros factores, exteriores, que aumentan todavía tal descentralización. En 257 el Imperio sufre la primera pérdida territorial importante: los godos ocupan Dacia, y en 271 el emperador Aureliano tiene que reconocer oficialmente la ocupación, abandonando la provincia y retirando de ella las legiones y los funcionarios.

Luego, mientras los Germanos presionan en las fronteras, los mismos Jefes del Imperio se dan cuenta de que una administración única resultaba inapropiada para un país

tan extenso. Por eso Diocleciano se asocia a Maximiano como “Augusto”: son, pues, dos emperadores, y cada uno de ellos se torna un “César”. El Imperio tiene cuatro jefes y es dividido en cuatro territorios: Itálica, con la capital en Milán; el Oeste, con la capital en Tréveris (actualmente Trier, en Alemania); los Balcanes, con la capital en Sirmio; y el Oriente, con la capital en Nicomedia (284). En 284, pues, Roma deja de ser, hasta oficialmente, capital del Imperio. Constantino (324) rehace provisionalmente la unidad del Imperio, pero, al mismo tiempo, da impulso a un nuevo movimiento de división, al elevar a Bizancio a metrópoli del Oriente. Finalmente, la oposición entre el Oriente griego, en gran parte no-romanizado, y el Occidente, se consagra políticamente e 392 por el emperador Teodosio, que divide el Imperio entre sus dos hijos; Arcadio y Honorio, dando al primero el Oriente, con la capital Bizancio (Constantinopla), y al segundo el Occidente, con la capital no en Roma sino en Rávena. De este modo, el Oriente, sustraído al influjo de las regiones romanizadas, queda griego: hasta los emperadores, la corte y los altos funcionarios, que en el comienzo hablaban latín, lo abandonaron pronto por el griego, de manera que el “Imperio Romano de Oriente” queda “romano” sólo de nombre. Mientras tanto, el Occidente es sometido a golpes cada vez más fuertes por parte de los bárbaros, perdiendo cada año nuevos territorios ante los Germanos, hasta que, en 476, los últimos restos libres del Imperio y la misma ciudad de Roma caen en poder de una población germánica.

Después de la caída del Imperio Romano de Occidente, hubo varios intentos de reconquista por parte del Imperio de Oriente, que tuvieron éxito sobre todo bajo Justiniano: se reconquistó, en efecto, Italia y se creó el exarcado de Rávena. Pero esa acción militar y política no pudo interrumpir ni detener la progresiva germanización de Occidente.

La penetración germánica en la Romania occidental tuvo aspectos pacíficos y graduales antes de tomar el aspecto de rápida conquista militar. Los germanos entraron ante todo como soldados en las legiones y su número aumentó tanto que en los últimos años del Imperio había legiones enteras constituidas por “bárbaros”. Luego penetraron como colonos, buscando trabajo, paz y seguridad, al amparo de las fronteras romanas; sobre todo en Galia, se establecieron muchas colonias agrícolas germanas. Finalmente, cuando las varias poblaciones germánicas empezaron el ataque directo contra el Imperio Romano, éste se encontraba ya en un estado de relativa germanización. Y los estados creados sobre las ruinas del Imperio de Occidente fueron todos estados parcialmente germanizados, no sólo con organización y aristocracia germanas; no sólo gobernados sino también poblados, por lo menos en parte, por pueblos germánicos (Ostrogodos, Longobardos, Normandos, en Italia; Francos y Burgundios en Galia; Visigodos en España).

Sin embargo, a pesar de la importancia que tuvieron en la historia de la Romania occidental, los germanos no lograron germanizar lingüísticamente el Imperio: apenas si alcanzaron a quitarle algunas regiones no totalmente romanizadas, como las regiones allende el Rin, la Alemania meridional, la actual Suiza. Al contrario, fueron gradualmente absorbidos y romanizados por las poblaciones romances por ellos dominadas y gobernadas. Su influjo, a pesar de la larga convivencia, no llegó a modificar, prácticamente, nada en la estructura, en el sistema idiomático neolatino. Pero su importancia real, por lo que concierne a la historia lingüística de la Romania, consiste en haber contribuido notablemente a la formación de las lenguas romances como individualidades distintas. En efecto, las diferencias y fronteras lingüísticas regionales que ya se habían delineado en la época imperial, por razones “internas”, se profundizan, se estabilizan y se modifican por acción de los Germanos. Algunas fronteras lingüísticas desaparecen y se crean

otras, justamente según el rayo de influencia germánica. Esta acción sobre la formación de las lenguas romances fue esencial, aunque exterior a los elementos y estructura, al “contenido”, de esos idiomas, pues la extensión y los límites de las principales isoglosas que los diferencian y caracterizan y el hecho mismo de que se han constituido y desarrollado como sistemas autónomos y más o menos heterogéneos, en la forma en que históricamente se han desarrollado, depende en buena parte de la acción que los Germanos ejercieron sobre la Romanidad y de la división de la Romania en estados germánicos.

La influencia de los Germanos sobre la Romanidad ha sido estudiada, con abundancia de detalles, por Ernst Gamillscher, en su obra fundamental “Romania Germanica”, y, por lo que se refiere en particular a la formación y partición de las lenguas románicas, por Walther von Wartburg, quien ha mostrado, justamente, cómo buena parte de las fronteras que separan hoy las variedades románicas se deben al impulso exterior de los Germanos, o sea cómo los rumbos que adquiere en cierta época la historia del latín se deben no sólo a los fermentos “internos” de esa lengua sino también a las posibilidades de desarrollo de dichos fermentos (posibilidades de difusión territorial de las innovaciones y de las regresiones) determinadas por las poblaciones germánicas conquistadoras de la Romania.

16. Las razones “internas del fraccionamiento de latín, es decir, de la constitución de las lenguas romances como sistemas históricos autónomos y distintos del latín, constituyen uno de los problemas fundamentales de la lingüística románica, que se ha aclarado sobre todo en los últimos decenios, con el abandono del concepto de latín “vulgar” como lengua unitaria y homogénea y su sustitución por el concepto de una unidad latina relativa y que sólo sirve como base metodológica.

Algunas de las ideas actuales acerca de la formación de las lenguas romances surgieron, sin embargo, en la época en que se consideraba al latín “vulgar” como una realidad lingüística definida y unitaria y se lo contraponía como tal al latín clásico.

17. El primer intento de explicación de la progresiva diferenciación de las lenguas romances invocó como razón de la misma la cronología de la ocupación y colonización de las varias provincias, o sea, la diferencia de fecha en la romanización. Es decir que se concibe el latín “vulgar” como lengua unitaria en evolución y se observa que, evidentemente, las provincias romanizadas más antiguamente recibieron un latín distinto del que recibieron las regiones romanizadas más tarde (así, por ej., el latín que se difundió en Dacia debió ser bastante distinto del que se había difundido en Cerdeña algunos siglos antes) y que alguna diferencia debida a tal circunstancia subsistió, a pesar de la unificación lingüística imperial. No hay duda de que tal explicación contiene una parte de la verdad; pero no contiene toda la verdad. En efecto, muy pronto se vio que la diferencia de época de romanización no es una razón suficiente para explicar la formación de las lenguas romances: explica los fenómenos de conservación de regiones como Cerdeña e Italia meridional, pero no logra explicar los fenómenos análogos que se comprueban en Iberia (palabras como miedo, seso, hermoso, comer, hablar, sustituidas por formas más recientes no sólo en Galia sino en la misma Italia), en Galia, conquistada en 50 a.C. (cf. equa > a. fr. ive, mientras el it. tiene el más reciente caballa > cavalla; o en la conservación de los grupos consonánticos pl, gl, cl, que en la misma Italia se han palatalizado dando py, gy, ky), o en Dacia, conquistada en 107 d.C. (por ej., la u <breve> conservada como u).



18. La teoría del substrato, sostenida inicialmente y con particular vigor sobre todo por el lingüista italiano Grazadio Isaia Ascoli, llegó para indicar una nueva razón posible de la diferenciación lingüística románica. Es decir que se sigue considerando el latín “vulgar” como una lengua unitaria en evolución, pero se observa que esa lengua se superpone a substratos distintos en las distintas regiones romanizadas (osco-umbro en la Italia centro-meridional, céltico en Galia e Italia Septentrional, ibérico en Hispania, tracio en Dacia); substratos que habrían influido sobre el latín no sólo por lo que concierne a su vocabulari, sino también por lo que atañe a su aspecto fónico: en las lengua romances subsistirían no sólo palabras “prelatinas” sino también costumbres articulatorias características de las lenguas habladas anteriormente por las varias poblaciones romanizadas, costumbres distintas en cada región. En otras palabras, la teoría del substrato desplaza la solución del problema, atribuyendo la raíz íntima de la diferenciación de las lenguas romances no a aspectos del mismo latín, sino a la acción ejercida sobre la lengua de Roma por las lenguas a las que ella se sobrepuso como lengua de colonización.

Así, por ejemplo, en el vocabulario (que es el campo en el que las investigaciones substratísticas han tenido más éxitos y en el que quizás tengan mayores probabilidades de acierto) se ha llegado no sólo a identificar elementos de supervivencia de las varias lenguas prelatinas, sino también a postular una “estratificación” de substratos. De esta manera, ciertas concordancias entre Hispania y la región alpina se atribuyen a un substrato “ligur”, anterior no sólo al latín sino también al ibérico. Un ejemplo de los más evidentes es el de la palabra camuza (gamuza), examinado por W. von Wartburg en sus “Orígenes de los pueblos románicos”. La palabra, como es sabido, denomina un animal que vive exclusivamente en las zonas cántabro-pirenaica y alpina y, aun no siendo latina, se encuentra no sólo en español sino también en gallego-portugués

(camuca), en francés (chamois) y en italiano (camoscio): se deduce que ella pertenece a un substrato lingüístico que se extendía antiguamente desde Asturia hasta los Alpes, abarcando los Pirineos, el sur de Francia y la Italia Septentrional, justamente el substrato pre-indoeuropeo al que se da el nombre de “lígur”. Pero en la zona Pirenaica al área de camuza se encuentra interrumpida por el vasco isart, de idéntico significado y que encuentra correspondencias en lenguas del norte de África; de tal circunstancia se deduce que la unidad lingüística lígur fue quebrada por una invasión procedente de África: la de los Iberos. Apoyan tal deducción una serie de ejemplos análogos, como el de la palabra aran- “valle” (que se encuentra en el topónimo pleonástico Valle de Arán), sustituida en Hispania por la palabra ibérica ibar (la que dio el nombre al Ebro y a los mismos Iberos), o el de la palabra arrugia (esp. arroyo) que, por encontrarse también en los Alpes (piam. ticin. ruria, trent. rogia), se atribuye el mismo substrato lígur. Circunstancias semejantes se comprueban en Cerdeña: ahí también el área de la palabra “lígur” arán fue disminuida y empujada hacia el centro de la isla por la palabra iberoafricana ibaica (sard. vega, esp. vera); se deduce que también en Cerdeña un pueblo africano había penetrado en período prelatino, sobreponiéndose a los llamados “lígures” y empujándolos hacia el centro de la isla. Parece comprobada, pues, la estratificación de por lo menos dos substratos prelatinos en esas regiones: el llamado “lígur” y el ibérico, y actualmente varias palabras tomances que no tienen etimología latina se atribuyen al substrato llamado vagamente “mediterráneo”, al lígur y al ibérico. Más clara todavía es la situación de los numerosos celtismos conservados particularmente en francés.

Fuera del léxico, donde el influjo de las lenguas prelatinas parece a menudo evidente, las investigaciones substratistas presentan una seguridad mucho menor. Sin embargo, suelen indicarse como debidos al substrato varios

cambios fonéticos. Así, por ejemplo, se observa que el grupo kt debió dar muy temprano xt en el territorio con sustrato céltico (Galia, Hispania, Galia Cisalpina), indudablemente debido a una costumbre articulatoria de los Celtas: tal cambio explica, como necesaria fase intermedia, las sucesivas formas romances occidentales (cf. Octo: fr. Huit, port. Oito, esp. Ocho). En zona más limitada, la de sustrato propiamente gálico y que corresponde al francés, encontramos que lat. u <larga> > ü: se considera que tal fenómeno no puede ser independiente del hecho que también en la lengua de los Galos la antigua u <larga> se había vuelto ü, aunque en la fase de que nos ocupamos la u <larga> latina no debería haberse ya vuelto ü en la zona respectiva sino que, probablemente, presentaría sólo una fase intermedia entre u <larga> y ü, una tendencia a volverse ü, es decir, a volverse anterior. Del mismo modo, en la zona de Italia que corresponde al antiguo osco-umbro, encontramos que mb > mm, asimilación que caracterizaba, justamente, los dialectos osco-umbros; y en Cantabria y Gascuña, zonas de sustrato vasco, encontramos que f inicial se vuelve h, fenómeno muy significativo si se considera que el vascuence desconoce la f inicial. Son, éstos, unos pocos ejemplos de cómo la teoría del sustrato trata de explicar algunos de los fenómenos más característicos que diferencian las lenguas romances. Con la teoría del sustrato se relaciona la tesis de la distinta intensidad de la colonización romana en las varias provincias. Según observa Amado Alonso, la intensidad de la romanización y la acción del sustrato estarían en razón inversa; a un mayor grado de romanización, correspondería una menor supervivencia del sustrato y viceversa. Evidentemente, el grado de romanización no puede ser indiferente por lo que concierne a la formación de las lenguas romances, pues es de esperar que, en las zonas donde la colonización romana fue menos intensa y donde la población autóctona era más numerosa, se encuentra un número mayor de elementos

indígenas conservados. Así, por ejemplo, no hay comparación posible entre los pretendidos iberismos del español y los numerosos celtismos del francés, sobre todo en el habla popular y rústica: es, por lo tanto, probable (y documentable también históricamente), que en España (si se excluye la región cantábrica) la romanización fue mucho más intensa y total que en Galia, y, en particular, que en la Galia Septentrional. También es evidente que en Hispania la romanización fue más intensa que en Recia. En cambio, Dacia, que se romanizó más tarde con respecto a las demás provincias, aparece muy romanizada, probablemente porque, según aseguran también los historiadores, se había en gran parte vaciado de población autóctona, ya que muchos de sus habitantes, no queriendo soportar la dominación romana, prefirieron emigrar.

Que el substrato tenga cierta importancia en la formación de las lenguas románicas es, pues, indudable. Pero la teoría del substrato no logra explicar todos los aspectos del fraccionamiento del latín: además, no hay ningún acuerdo entre los estudiosos acerca de cuáles aspectos y elementos haya que atribuir a la acción del substrato. En primer lugar, ya nadie acepta hoy la teoría substratística en su formulación inicial, es decir, como herencia de tipo biológico de una determinada costumbre articulatoria, que se manifestaría hasta a distancia de generaciones y de siglos: prácticamente todos los estudiosos están hoy de acuerdo en que, si algún fenómeno hay que atribuirle al substrato, ese fenómeno tuvo que ocurrir, o, por lo menos, manifestarse como tendencia, en una época en que la lengua del substrato era todavía hablada al lado del latín y, seguramente, en un primer momento, en individuos bilingües. En segundo lugar, mientras los substratistas más convencidos lo explican casi todo mediante el substrato (tanto que el substrato se vuelve a menudo un rótulo cómodo, pero en sustancia falto de sentido, un simple eludir el problema, en todos los casos de fenómenos que no tienen otra explicación suficientemente

evidente y de palabras que no se logran explicar de manera satisfactoria mediante palabras latinas), los adversarios de la teoría reducen al mínimo la importancia de substrato, tratando, en la mayoría de los casos, de encontrar explicaciones fundadas en la fonética fisiológica (por lo que concierne a los cambios fonéticos) o, de todos modos, en aspectos internos del latín: todo esto porque la mayoría de las aserciones de los substratistas son muy difícilmente documentables. Además, entre los mismos substratistas no hay pleno acuerdo acerca del alcance de la acción del substrato: así, por ej., Harri Maier, que reconoce la importancia del substrato para el francés y para la fonética española, no la admite, en cambio, en lo que se refiere al léxico español, y trata de explicar como elementos latinos la mayoría de los pretendidos iberismos o ligurismos (hasta palabras como arroyo o balsa).

19. Por eso el problema de la formación de los idiomas romances se ha aclarado notablemente al llegarse a concebir el latín “vulgar” como una lengua diferenciada no sólo históricamente (cronológicamente), sino también geográfica, social y estilísticamente, y al considerarse la historia de la fragmentación del latín a la luz de la historia de la romanización. La pregunta fundamental es, pues:

¿fue o fue el mismo latín que se difundió en los varios países romanizados? La respuesta es, evidentemente, no, y no sólo por la distancia entre una y otra época de colonización sino también por diferencias que existían en el mismo latín “vulgar”. Walter von Wartburg, siguiendo el principio metodológico de que no se puede hacer la historia de las lenguas independientemente e la historia de los pueblos, señala particularmente la importancia de las diferencias sociales y culturales, subrayando que fueron distintas las categorías sociales que romanizaron las varias provincias. En Cerdeña la

romanización se hizo sobre todo mediante los funcionarios, es decir, desde el punto de vista lingüístico, mediante un latín que podríamos llamar “administrativo”; en Italia, sobre todo mediante los campesinos, mediante esas gentes humildes, a las que tanto la República como el Imperio distribuyeron tierras en las zonas conquistadas, es decir, mediante un latín más bien “rústico”; en Galia e Iberia, mediante gentes socialmente más elevadas, mediante comerciantes, burgueses y militares, es decir, mediante un latín más bien “culto”; en Dacia, mediante colonos y veteranos pertenecientes al bajo pueblo, es decir, mediante un latín “popular”. Tales diferencias sociales y culturales entre las masas colonizadoras explican, según Wartburg, la más profunda de las diferenciaciones de fecha antigua entre las lenguas romances: la que se refiere a la conservación o no de la s final, hecho que implica un distinto tratamiento de las declinaciones, dada la importante función de la s como morfema nominal. Es sabido, en efecto, que en latín arcaico y en latín popular la s final no se pronunciaba si seguía consonante y precedía vocal breve. El latín culto, con ese afán de unificación y normalización que caracteriza las lenguas literarias y doctas, reintegró la s, cualquiera fuera su posición. Ahora, ciertas regiones del Imperio, y precisamente las orientales, Italia y Dacia, romanizadas sobre todo por categorías socialmente más bajas, siguieron la tendencia popular, dejando caer la s final, y no sólo delante de consonante sino en todas las posiciones. En cambio, las regiones colonizadas por gentes de categoría social más elevada, Hispania y Galia, siguieron la tendencia más culta, conservando y reintegrando la s final en cualquier posición. Por esta misma razón, las lenguas occidentales conservan en el plural las desinencias de tres declinaciones latinas (I, II y III) y generalizan como plural la forma de acusativo, mientras las orientales conservan las desinencias de sólo dos declinaciones y generalizan en el plural la forma de nominativo (cf. Esp. Casas, muros, luces; it. Case, muri, luci): es decir que un fenómeno

fonológico (en sus comienzos un fenómeno de fonética sintáctica) adquiere también valor de fenómeno morfológico, o provoca un fenómeno morfológico (morfemático). Esta divergencia de tendencias, debida a razones sociales y culturales, fue, según Wartburg, la que produjo la primera y más profunda escisión dentro de la unidad lingüística de la Romania.

20. A esas diferencias sociales entre las masas romanizadoras, se han agregado en los últimos decenios gracias a la dialectología comparada romance, es decir, por obra de estudiosos como Gerhard Rohlfs, Ramón Menéndez Pidal, Iorgu Iordan, Max Leopold Wagner y otros, que se han dedicado a estudiar los varios dialectos romances de las provincias en comparación con los dialectos italianos o han señalado concordancias entre las lenguas extrapeninsulares y los dialectos peninsulares (sobre todo de Italia del Sur), las diferencias dialectales que existían en el latín hablado. Se ha observado, en efecto, que, por encima de las lenguas romances como individualidades lingüísticas bien definidas, existen notables concordancias entre dialectos italianos y dialectos románicos no italianos y que algunos fenómenos que caracterizan la individualidad de esta o aquella lengua romance se encuentran también en dialectos italianos: se trata de concordancias y fenómenos que, en la medida en que se remontan al latín y no son simples coincidencias, se explican sólo por una diferenciación dialectal en el latín hablado y por el distinto origen regional de los colonizadores. En efecto, los colonizadores no se diferenciaban sólo por su categoría social sino también por su origen étnico: no eran sólo laciales, sino también umbros, sabelios y samnitas que hablaban un latín regional, distinto del latín de Roma y del Lacio, y que llevaban a las provincias fenómenos propios del latín hablado en su región; por eso, justamente, fenómenos que subsisten hasta la

actualidad en el habla de los descendientes de los antiguos oscoumbros en Italia, o, mejor, en las regiones que antiguamente eran osco-umbras, podrán encontrarse también en las provincias colonizadas por gentes procedentes de aquellas mismas regiones. Tales conclusiones han sido confirmadas por el magnífico Atlas lingüístico ítalo-suizo de Jaberg y Jud. Así, por ejemplo, encontramos en esa obra que el área de fenómenos oscoumbros, como la asimilación de mb en mm o la sonorización de las oclusivas después de nasales (campo > cambo), corresponden al área habitada antiguamente por poblaciones oscoumbros. Ahora, esos mismos fenómenos, según observa Ramón Ménendez Pidal, se encuentran en España en la región que, según fuentes históricas, fue colonizada por gentes oscas, con el centro en Huesca (antig. Osca). Otro hecho bien característico es el de los varios tipos de vocalismo romance. En efecto, como ya se ha indicado, en latín “vulgar” se perdió la distinción fonológica entre vocales largas y breves, sustituyéndose por la distinción entre abiertas y cerradas, y se redujeron las diez vocales latinas a siete. Pero tales cambios no ocurrieron de manera homogénea en todo el latín “vulgar” (según se deduce de las actuales lenguas romances), sino que siguió tres caminos distintos: en un primer tipo de latín “vulgar”, representado por la mayoría de las lenguas romances, i <breve> y e <larga> dieron e <cerrada>, o <larga> y u <breve> dieron o <cerrada>; en un segundo tipo, representado por el rumano <i> <breve> se confundió con e <larga>, pero u <breve> no dio o <cerrada> sino que se fonfundió con u <larga> (cf. siccus rum. sec, pero furca > rum. furca <con a breve>; finalmente, en un tercer tipo, representado por el sardo, no se verificó ninguna de las dos convergencias, conservándose la i <breve> como i y la u <breve> como u (cf. Sardo pira, gula). Ahora, en el Atlas de Jaberg y Jud se observa que esos tipos de vocalismo se encuentran los tres en una zona muy limitada de Italia meridional: los varios vocalismos romances representan, por lo



tanto, vocalismos dialectales (regionales) del latín hablado. Todo esto fundamenta suficientemente la teoría de las diferencias dialectales del latín como razón principal de la diferenciación lingüística romance, sostenida particularmente por Harri Meier.

21. Con la tesis de las diferencias regionales en el latín (y también con la de las diferencias sociales) se relaciona la de las diferentes corrientes de romanización (que atribuye gran importancia a los centros de romanización y a las divisiones administrativas romanas en las provincias), también ésta sostenida y desarrollada en los últimos tiempos, sobre todo por Harri Meier y anteriormente sobre todo por Antoni Griera. Este último estudioso, en particular, ha sostenido la tesis de dos corrientes de romanización en Iberia: una “terrestre” en el NE, procedente de Galia y relacionada con la Italia septentrional y central, cuyo resultado sería el catalán; la otra “marítima”, en el Sur y SO de la Península, procedente de África y de Italia meridional, una corriente, pues, “afro-románica”, cuyos resultados serían el español y el portugués. Según Griera, la frontera entre el catalán, por un lado, y el español y el portugués, por el otro, sería, por consiguiente, la más antigua de la Península. Tal tesis ha sido justamente criticada por W. Meyer-Lübke, que admite la idea de la frontera entre catalán y luso-español pero la atribuye en especial a diferencias sociales entre los colonizadores (colonización militar y campesina en el NE de la Península; colonización sobre todo urbana en el Sur y en el SO), y por Amado Alonso, el cual rechaza la idea misma de una individualidad no-iberorrománica del catalán, observando que la romanización de Cataluña empezó un siglo antes que la romanización de la Galia meridional y un siglo y medio antes que la de la Galia septentrional u que, por otro lado, la colonización de la actual Andalucía y de la zona levantina de

Hispania empezó doscientos años antes de la conquista de África. De todos modos, queda en pie la tesis de la existencia de dos distintas corrientes de romanización.

22. A nosotros nos parece indudable que todos los factores hasta aquí enumerados han contribuido en alguna medida al fraccionamiento del latín, y, por consiguiente, a la diferenciación de las lenguas romances. Así, también, nos parece evidente que, para una comprensión total del problema, es necesario tener en cuenta todos esos factores, todas las circunstancias de la romanización, es decir:

a) que la romanización de las provincias ocurrió en distintas épocas (por ej., en el siglo I d.C., mientras Hispania era una región ya muy latinizada, Dacia no había sido aún conquistada);

b) que en las varias provincias el latín se sobrepuso a distintos substratos que han dejado distintas supervivencias en las lenguas romances;

c) que la latinización no se cumplió con el mismo ritmo en las distintas regiones (así, mientras regiones como Dacia y gran parte de Hispania fueron rápidamente romanizadas, en África la romanización fue muy lenta) y ni siquiera en las varias capas sociales y las varias zonas de la misma región (en Galia las clases superiores, particularmente urbanas, eran ya latinizadas en el siglo I d.C., mientras en las campañas el céltico se mantuvo hasta los siglos III y IV, y en Helvecia hasta el siglo V d.C.);

d) que la latinización no se cumplió con la misma intensidad (en Cantabria, Galia septentrional, Recia, la romanización fue, sin duda, menos profunda que en otras regiones);

e) que la población local no tenía la misma densidad en todas las regiones conquistadas (en Galia las víctimas de las guerras de

conquista fueron más numerosas que en Hispania, y Dacia fue conquistada teniendo esta región una población autóctona muy rarefacta, tanto que se puede sostener que la base de la población romance de Dacia fue constituida por colonos inmigrados, más bien que por indígenas romanizados);

f) que los colonizadores procedían de distintas clases sociales, y ue, por lo tanto, hablaban necesariamente un latín diferenciado social y culturalmente;

g) que los colonizadores no eran todos étnicamente latinos, sino que procedían de varias regiones latinizadas de Italia (y también de otras regiones, por lo que concierne a las últimas provincias colonizadas, como Dacia);

h) que la romanización fue diferente según las varias corrientes de romanización, que partían de distintos centros y tenían distintos rayo de acción, según las divisiones administrativas del Imperio.

23. Todo esto es tan evidente que no hay quien los niegue. Si, con todo, el problema del fraccionamiento del latín queda todavía abierto, esto ocurre porque no hay un acuerdo general entre los estudiosos acerca e la importancia y de los resultados efectivos de cada uno de estos factores, de la medida en que cada uno de ellos contribuyó a la fragmentación del latín. En efecto, cada estudioso sostiene la importancia de algunos de los factores antedichos en desmedro de otros y atribuye a la acción de un factor fenómenos que los demás estudiosos atribuyen a otros de ellos.

Así, por ejemplo, H. Morf subraya sobre todo la importancia del substrato y llega hasta tratar de hacer coincidir los límites lingüísticos de la Francia actual con las fronteras que separaban antiguamente a los Belgas, Aquitanos y Galos, los

tres pueblos que, según César, habitaban Galia en la época de la conquista romana.

Walther von Wartburg atribuye particular importancia al substrato y a las diferencias sociales y culturales dentro del latín hablado.

Amado Alonso subraya especialmente la importancia del mismo substrato y de la diferente intensidad de la romanización, observando, por ejemplo, que si el francés se diferenciación tanto de los demás idiomas romances, se debió al hecho de que la Galia septentrional nunca fue tan fuertemente romanizada como la mayor parte de las demás provincias de la Romania: en efecto, Galia septentrional es la región donde se conserva un mayor número de elementos de “substrato” y, en general, el francés aparece como un idioma más bien rebelde dentro del conjunto romance occidental.

Harri Meier critica la mayoría de los puntos de vista de los demás estudiosos, reduce en general la importancia de varios factores de diferenciación y acentúa sobre todo el factor del distinto origen dialectal de los colonizadores (subrayado también por Menéndez Pidal, en lo que se refiere a los ya señalados fenómenos de tipo “osco-umbro” en Italia meridional y en el Noreste de España) y el de las corrientes de romanización, dependiente de los centros de irradiación de la colonización y de la división administrativa romana. Es decir que acepta, esencialmente, el principio de Giera, aunque aplicándolo de distinta manera. En efecto, a pesar de la demostración de la antigua unidad lingüística de Hispania, que se extendía de Portugal hasta Cataluña a través del Centro y el Sur de España (demostración hecha magistralmente por Ramón Menéndez Pidal en sus “Orígenes del español”), Meier logra reunir una serie de características y correspondencias, cuyos comienzos pueden hacerse remontar hasta una época muy antigua, como resultados de dos corrientes de romanización: una

con el centro en el Nordeste de Hispania, en la región romana llamada Tarraconensis, y otra con el centro en Bética; la individualidad del catalán quedaría delineada por las características de la corriente tarraconense y la del portugués por las de la corriente bético-lusitana, mientras en el español confluirían resultados de las dos corrientes. (Veremos luego que, en efecto, el español está de acuerdo con el gallego-portugués). Harri Maier atribuye tanta importancia a los aspectos dialectales del latín de la colonización (latín de Italia) que llega hasta postular -sin mucha necesidad, según nosotros- la existencia de un tercer tipo de latín, además del latín “clásico” y del latín “vulgar”: el latín dialectal. Maier admite como probable, con Meillet, que “au IIIe siècle après J.C., il y avait encore un Latin parlé seulement avec des accents un peu différents d’une province à l’autre”; pero observa que este latín no era el único existente en las provincias, que había, además, un “fondo lingüístico regionalmente diferenciado” y que el romance no surgió, en gran parte, del latín de que habla Meillet, sino que es, justamente, “una continuación... de aquel fondo dialectal de la época imperial”.

24. Hemos dicho que todos los factores indicados deben haber contribuido en alguna medida al fraccionamiento del llamado latín “vulgar”. Sin embargo, ellos, justamente, son sólo “factores”, circunstancias, condiciones, aspectos particulares de la fragmentación romance, razones de fenómenos particulares de diferenciación, pero no constituyen la razón íntima, la “causa causans” de la diferenciación misma como fenómeno general: se pueden comparar con fermentos latentes e inocuos que en cierto momento encontraron las condiciones óptimas para su desarrollo y su acción, aun sin haber provocado ellos mismos dichas condiciones. La razón verdadera y profunda del fraccionamiento del latín fue la decadencia de la cultura latina.

Una lengua común es un hecho de cultura, refleja un estado de cultura y, mientras esa cultura vive y prospera, la lengua se mantiene más o menos unitaria, aunque matizada social y regionalmente. Los matices regionales y sociales, siempre existentes en cualquier lengua “viva”, no afectan la unidad de la lengua común, que es siempre el modelo, la norma ideal de los habitantes, aun cuando se realice de distinta manera y con distinto grado de perfección en cada uno de ellos. No sólo esto, sino que, mientras una lengua común es expresión de una cultura viva, ella tiene el poder de asimilar regionalismos, dialectalismos, vulgarismos, innovaciones y darles dignidad nacional. Pero una lengua común se alimenta, se mantiene y se renueva mediante la literatura y la instrucción, refleja una determinada mentalidad y determinados ideales y tiene su modelo en el habla de una clase social, de un centro de gran prestigio, en obras de grandes autores.

Ahora, todos esos fundamentos, todas esas linfas vitales,, empiezan a faltarle al latín en la época que nos ocupa. En efecto, en los primeros siglos después de Cristo, se asiste a una progresiva decadencia de la cultura latina, a profundos cambios en la mentalidad romana, al derrumbe de los ideales clásicos de vida. El Imperio se orientaliza y se germaniza; la severidad y la sobriedad romanas ceden el paso al fasto, al relajamiento de las costumbres, a los ideales mezquinos; la vieja aristocracia romana decae moral y espiritualmente y al mismo tiempo económicamente, perdiendo toda estabilidad: las guerras continuas, la colonización de provincias ricas, los favoritismos crean una nueva aristocracia de la riqueza y del dinero, culturalmente inferior y heterogénea. La instrucción pierde su prestigio y decae; la literatura latina no crea más obras capaces de otorgar ciudadanía y dar difusión nacional a las innovaciones. Por lo tanto, éstas quedan sólo en la lengua hablada y se difunden oralmente sin ninguna consagración de carácter general. Al mismo tiempo, por la falta de instrucción y

la inestabilidad de las clases sociales, disminuye cada vez más el número de los que tienen clara conciencia de la norma ideal de una lengua común, y muy pronto éstos no logran más imponer su criterio y realizar la necesaria tarea de continua selección de las innovaciones y -prueba de su impotencia e ineficacia- optan por refugiarse entre los cánones lingüísticos de la época áurea, ciceroniana. El único gran movimiento animado por un gran ideal fue, en esa época, el cristianismo, el cual, ciertamente, no fue sus comienzos un movimiento “aristocrático” (desde el punto de vista lingüístico”), sino más bien un movimiento de las clases humildes, que se presentaba con una doctrina de humildad y que, además, acogía en sus filas y tenía entre sus promotores muchos extranjeros (particularmente griegos). Por eso, aun cuando haya serias dudas -según afirman varios autores- acerca de la posibilidad de distinguir un latín propiamente “cristiano”, no se puede ignorar el profundo influjo “popularizador” que el cristianismo ejerció sobre el latín hablado.

25. Por lo expuesto, era inevitable que ocurriera lo que, en efecto, ocurrió, es decir que el latín hablado se “vulgarizara” y simplificara cada vez más, alejándose de los modelos clásicos. Pero, con todo, si el Imperio hubiese seguido fuertemente centralizado, si Roma hubiese mantenido su prestigio de “caput mundi” y sus constantes relaciones con las más remotas provincias, la lengua latina hablada habría probablemente mantenido su relativa unidad: habríamos comprobado una decadencia estilística (la lengua del Imperio se habría “popularizado” con la de la capital) pero no un fraccionamiento lingüístico. En cambio, por razones y circunstancias que ya se han señalado, Roma fue perdiendo de a poco su prestigio en el Imperio, frente a la iniciativa cada vez mayor de las provincias, en campo no sólo político sino también económico y cultural.

Con la decadencia de Roma, se desconoció también el criterio lingüístico romano y cada provincia empezó a elevar a modelo su peculiaridad regional, que antes era sólo un matiz dentro de la lengua común. De esta manera, los dialectalismos itálicos, los vulgarismos, los arcaísmos que los colonizadores habían llevado a las provincias, los elementos indígenas que el latín provinciano había acogido, particularmente en el vocabulario, no se fueron eliminando gradualmente, como normalmente ocurre cuando existen una sólida unidad cultural, un ideal de lengua común y una norma lingüística super-regional, sino que, al contrario, arraigaron y se difundieron cada vez más, como aspectos característicos de la individualidad de las provincias. Asimismo, las innovaciones partidas de centros regionales no quedaron como simples matices y no esperaron la consagración de un centro super-regional (sobre todo cuando los centros provincianos llegaron a ser superiores a Roma, política, económica y culturalmente), sino que se difundieron en territorios cada vez más vastos, imponiéndose como modelos en la misma lengua común. En efecto, mientras hasta cierta época (más o menos en el período que va desde Augusto hasta Diocleciano) Roma mantuvo la iniciativa lingüística en el Imperio, después de esa época la iniciativa pasa a las provincias, acentuándose, por consiguiente, los movimientos centrífugos dentro del latín hablado, pues cada una de las innovaciones provincianas tiene un distinto rayo de difusión. Se verificaron de esta manera las primeras fracturas efectivas en la relativa Unidad del llamado latín “vulgar”, fracturas que, luego, la constitución de varios estados sobre las ruinas del Imperio Romano consolidarían y volverían definitivas.

A la iniciativa de las provincias hay que atribuir según Walther von Wartburg fenómenos como la sonorización de las sordas intervocálicas y la palatalización de los velares K, G.



En efecto, ya en el siglo II encontramos, en una inscripción de Iberia, imudavit en lugar de inmutavit (d por t intervocálica). En el siglo sucesivo, los ejemplos aumentan y encontramos también b por p intervocálica. Este fenómeno de sonorización de las oclusivas sordas intervocálicas fue, según el estudioso suizo, una innovación que salió del Oeste, particularmente de Iberia, se difundió por Galia, los países alpinos e Italia Septentrional, y alcanzó a conquistar parcialmente también la Italia Central, pero que no llegó a Córcega, Cerdeña, Italia Meridional y Dacia. Tal fenómeno ocurrido todavía en edad pre-romance, opone hasta hoy el español al italiano literario (toscano), en palabras como: saber-sapere, fuego-fuoco, poder-potere, mudar-mutare, seguro-sicuro, etc. (Pero también en toscano encontramos casos de sonorización como: acu > ago, locu > luogo; cf. rum. ac, loc).

Análogo es el caso de las velares (en particular de la k), sólo que aquí la innovación debe de haber partido de Galia, para llegar luego a conquistar casi toda la Romania, menos la Dalmacia meridional, Cerdeña y Córcega, que mantuvieron la pronunciación antigua, y la Dalmacia septentrional, donde la innovación se afirmó sólo parcialmente. En efecto, mientras en Galia septentrional la K se palatalizó tanto delante de e, i como delante de a (cf. caelum > fr. ciel, cilium > fr. cil, canem > fr. Chien), la casi totalidad del resto de Romania (esp. Port., prov., it., rum.) palatalizó el mismo sonido sólo delante de e, i, y la Dalmacia septentrional sólo delante de i; Dalmacia meridional y Cerdeña (y también Córcega, en la época pre-romance a la que nos referimos) no palatarizaron en ninguna posición, manteniendo intacta la velar.

26. De todos modos, lo que queda establecido sobre la base de los hechos hasta aquí indicados, y de muchos otros análogos, y, particularmente después de los estudios de geolingüística, que

revelan toda una serie de “ondas de innovación” en marcha desde distintos centros, es que la idea de una total nivelación idiomática en la época imperial ya no puede aceptarse. Hay que admitir, en cambio, la existencia en el latín hablado de numerosos fermentos innovadores; fermentos que, según Walther von Wartburg darían sus primeros resultados importantes ya en el siglo III d.C. Ya en ese siglo, una importante frontera -correspondiente aproximadamente a la línea Spezia-Rimini, es decir, a la línea que separa la Italia continental (septentrional) de la Italia propiamente peninsular (centro-meridional)- dividiría el Imperio en dos zonas lingüísticas con características bien determinadas: al Norte y Oeste de dicha línea (Galia Cisalpina, Recia, Galia, Iberia, África) se conserva la s final, las oclusivas sordas intervocálicas se vuelven sonoras (como también la s intervocálica), el plural se hace con la forma latina de acusativo; al Sur y Oriente de la misma línea (Italia centro-meridional), Iliria, Mesia, Dacia), no se conserva la s final, el plural se hace con a forma latina de nominativo, la s y las oclusivas sordas intervocálicas se conservan como sordas. Quedarían fuera de las dos zonas, con peculiares características conservativas, las islas de Córcega y Cerdeña. Otras fronteras secundarias se delinearían al mismo tiempo en la Romania occidental: una, la de kt > xt (debida al substrato céltico), que abarca Iberia y Galia pero no llega a incluir toda la Galia Cisalpina (Italia septentrional); otra, la de u > ü ( o de u que tiende a ü, debida a substrato propiamente gálico), que abarca sólo la Galia septentrional. Tal fisonomía lingüística se modificaría (en particular en Italia, por lo que concierne a la importancia de la línea Spezia-Rimini), se definiría y estabilizaría más tarde, por obra de los Germanos y como efecto de la constitución de estados germánicos sobre las ruinas del Imperio de Occidente. La acción de los Germanos será en algún caso muy profunda, como en la Galia septentrional (donde se llegará a una efectiva mezcla de poblaciones celto-

latinas y francas y a un verdadero bilingüismo latino-germánico), o simplemente externa pero importante para la definición de las fronteras lingüísticas (dado que dentro de cada uno de los nuevos estados germánicos se llegaría a una nivelación idiomática hasta hacer coincidir las fronteras lingüísticas con las políticas), como en las demás provincias. La diversa índole de la acción de los Germanos explicaría en particular las notables peculiaridades del francés, pues en su territorio (Galia septentrional) los Germanos (Francos) se establecerán como pueblo, mientras que en el sur de Galia, en Hispania y en Italia, lo harán sólo como clase dirigente político-militar. La frontera entre la langue d'oïl y la langue d'oc en la antigua Galia correspondería aproximadamente al límite meridional de la compacta colonización franca: al sur de esa línea los Francos se establecerán en número menor; y con los otros Germanos (Godos), que tendrán su capital sucesivamente en Tolosa, Barcelona y Toledo, no se llegará nunca a una verdadera mezcla de poblaciones; tal circunstancia explicaría las isoglosas conservativas que unen hasta la actualidad Iberia y Galia meridional, oponiendo esas regiones a Galia septentrional.

La agrupación románica indicada por Wartburg como primera y fundamental coincide, prácticamente, con la distinción ya tradicional entre Romania Occidental y Romania Oriental. Pero, naturalmente, eligiendo otras isoglosas, históricas o actuales, cuyos comienzos se pueden hacer remontar hasta la fase pre-romance, se pueden delinear con suficiente justificación otras agrupaciones distintas, como por ejemplo: a) Dacia sola, por un lado, y el Occidente más Italia, por el otro (considerando el peculiar vocalismo del romance de Dacia y también el hecho de que, después del aislamiento de esa provincia, ella no participó más en nivelaciones e innovaciones en las que participó, en cambio, Italia, con todo el Occidente); b) una zona meridional, caracterizada particularmente por el substrato osco o por dialectismos oscos (Iberia, Italia centro-

meridional, Dacia), y una zona septentrional (Galia, Recia, Italia del Norte), caracterizada sobre todo por el substrato céltico. Asimismo, dentro del Occidente, podemos distinguir: a) una zona atlántica (gallego-portugués, francés) y una zona mediterránea (español, catalán, Provenzal, italiano tirrénico); o, dejando de lado Italia: b) una zona profundamente innovadora (galia septentrional, o sea territorio del francés propiamente dicho) y una zona más bien conservadora (Iberia y Galia meridional: gallego-portugués, asturiano-leonés, castellano, navarro-aragonés, catalán, gascón, provenzal). Por lo que concierne a esta última distinción, señalamos que la afinidad entre aragonés, catalán, gascón y provenzal (dialectos correspondientes aproximadamente al territorio ocupado por los antiguos Aquitanos) ha sido subrayada en particular por G. Rohlfs. Y, dado que se trata de una afinidad sobre todo conservativa, se podrían agregar al mismo grupo (pero ya independientemente del substrato aquitano) el gallego-portugués y el asturiano-leonés, quedando, de esta manera, el castellano como el dialecto más innovador entre los conservadores (con respecto al francés). Tal es, en esencia, la tesis fundamental de Ramón Menéndez Pidal en sus “Orígenes del español”, y a conclusiones análogas llegó Amado Alonso, al estudiar la subgrupación románica del catalán. Observa Amado Alonso que en toda la Romania occidental una línea divisoria neta existe sólo en Francia -la línea correspondiente a la franja de isoglosas que separa los dialectos franceses propiamente dichos de los dialectos de la langue d’oc-, mientras entre los demás dialectos (excluyendo, naturalmente, las zonas de reconquista en Iberia) el pasaje es gradual y casi insensible. En efecto, el francés presenta tantas características peculiares por sí solo que debe considerarse separadamente dentro del conjunto románico occidental; el francés modifica profundamente el vocalismo que hereda del latín “vulgar”, desarrollando distintamente las vocales según se encuentren en

sílaba abierta o en sílaba cerrada; en los grupos de vocal + cons. Nasal, nasaliza la vocal y pierde la consonante; pierde todas las sonoras intervocálicas, menos la labial, que se conserva como y (cf. Maduro-mûr, seguro-sûr, vida-vie, pero: saber-savoir): características, todas éstas, que lo distinguen netamente de todos los demás romances occidentales, inclusive del provenzal.

27. También podemos distinguir ya desde la época pre-romance ciertas características específicamente hispánicas.

En primer lugar, Iberia resiste al celtismo mejor que Galia y mucho más que Galia septentrional: tal “resistencia al celtismo” (en general, aunque, quizás, en menor medida, a los demás substratos pre-latinos) se puede entender también en el sentido de que fue romanizada más profundamente que Galia y, en particular, más profundamente que el Norte de esta última provincia.

En segundo lugar, Iberia aparece en general más conservadora que el resto de Romania Occidental (coincidiendo, en esto, con el latín de África, que tuvo, indudablemente, cierto influjo sobre el latín hispánico), lo cual se puede comprobar sobre todo en el vocabulario (así, por ej., el latín hispánico conserva avis, comedere, metus, formosus, fabulare <cl. Fabulari>, fervere, no aceptando, como el francés y el italiano, los más recientes o más vulgares aucellus, manducare, pavor, bellus, parabolare, bullire), pero también en fenómenos sistemáticos de gramática (como el hecho de mantener la distinción entre tres pronombres demostrativos: éste, ése, aqué, que en francés no se conserva y en italiano se conserva sólo parcialmente).

Parece que, como observa Jud, Iberia debió afirmar muy temprano (es decir, ya en época latina) una individualidad muy peculiar, opuesta a Galia e Italia, y que se manifiesta en

particular en el léxico: quizás como resultado de lo que Wartburg llama “el individualismo ibérico” (pero tal expresión es, tal vez, preferible entenderla como definición a posteriori de una serie de peculiaridades, más bien que como indicación de una razón de las mismas).

28. Dentro del conjunto ibero-romance -conjunto, en general conservador- el castellano aparece como el dialecto más innovador (aunque no tan innovador como el francés), ya sea por aceptar innovaciones ajenas, procedentes de centros situados a Oriente, a Occidente y al Sur de su territorio primitivo, por innovar por su cuenta bajo muchos aspectos. Pero hay que distinguir bien el castellano del romance hispánico en general y no hay que identificarlo con todo el español, recordando que en este sistema (que puede definirse como el conjunto de dialectos que diptongan en toda posición la e y o abiertas y acentuadas del latín vulgar) se comprenden también dialectos más conservadores, como el asturiano-leonés y el navarro-aragonés y que el romance del Centro y del Sur de la Península mantuvo hasta la Reconquista características netamente conservadoras, coincidiendo con el portugués, el asturiano-leonés, el navarro-aragonés y el catalán, más bien que con el castellano. Es decir que hay que tener en cuenta que el castellano, antes de volverse “español”, el castellano primitivo, fue el dialecto de una pequeña zona de Hispania: el dialecto romance de Cantabria y luego también de la zona castellanizada de Burgos, entre el Duero y el alto Ebro. La peculiaridad del castellano (definido por algún fenómeno de conservación, como la conservación de las finales, pero sobre todo por innovaciones) puede explicarse, según subraya Amado Alonso, por razones históricas muy antiguas. En efecto, la zona que constituye la cuna del castellano es una zona que fue romanizada imperfectamente y muy lentamente: casi doscientos años

emplearon los Romanos para conquistarla definitivamente. En 56 a.C. los Cántabros luchan junto con los Vascos contra Roma, y en 29 a.C. estalla una nueva gran sublevación de los Cántabros y Astures; la campaña contra ellos es dirigida personalmente por Augusto, en los años 26 y 25. Pero, a pesar de las victorias de Augusto, la sublevación no termina hasta el año 19, cuando la zona queda pacificada por Agripa, después de luchas muy sangrientas. Otras sublevaciones ocurrieron en 16 a.C. y la última se registró durante el reinado de Nerón. Esa zona de altas montañas conservó cierta autonomía también después de la ocupación germánica: permaneció prácticamente independiente por unos 150 años (hasta que Leovigildo la incorporó al reino visigótico, en 574), y también más tarde mantuvo por lo menos un espíritu de rebeldía.

Lo que llamamos hoy “español” por antonomasia es, justamente, el castellano de la primera región castellanizada, el castellano de la zona de Burgos, una región tarde y mal romanizada y todavía revasconizada, en parte, en el siglo X. Por eso el castellano sería “el más ibérico de los romances peninsulares”. La conclusión de Amado Alonso es que “una mens ibérica ha presidido el desarrollo del castellano”, lo cual no deja de ser una exageración, ya que el castellano conserva, probablemente, costumbres articulatorias ibéricas pero, prácticamente, nada que afecte al sistema propiamente significativo de la lengua y, en particular, el sistema gramatical. El “iberismo” del español queda, pues, limitado al plano de la expresión; por eso la afirmación de Amado Alonso podría, quizás, aceptarse sólo si se identifica “mens” con “conciencia fonológica”.

## BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

- A. Meillet, *Esquisse d'une histoire de la langue latine*, 5a. ed. Paris, 1948.
- J. Cousin, *Evolution et structure de la langue latine*, Paris, 1944.
- C.H.Grandgent, *An Introduction to Vulgar Latin*, Boston, 1907 (trad. esp. *Introducción al estudio del latín vulgar*, 2ª. Ed. Madrid, 1952).
- W.A. Baehrens, *Skizze der lateinischen Volkssprache*, Leipzig, 1925.
- J.B. Hofmann, *Lateinische Umgangssprache*, 2ª. ed. Heidelberg, 1951.
- M. Bartoli, *Per la storia del latino volgare* (Ahora en *Saggi di linguistica spaziale*. Turín, 1945).
- M. Bartoli, *Caratteri fondamentali delle lingue neolatine* (ibid).
- C. Battisti, *La crisi del latino*, Florencia, 1946.
- C. Battisti, *Avviamento allo studio del latino volgare*, Bari, 1949.
- K. Vossler, "Neue Denkformen im Vulgärlatein" (En "Hauptfragen der Romanistik. Festschrift für Philip August Becher". Heidelberg, 1922.
- W. A. Baehrens, Sprachlicher Kommentar zur vulgärlateinischen Appendix Probi. Halle, 1922.
- E.Löfstedt, Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae. Uppsala, 1911.
- S. Silva Neto, *Fontes do latin vulgar* (O Appendix Probi), Río de Janeiro, 1946.
- M.C. Díaz y Día, *Antología del latín vulgar*. Madrid, 1950.



- W. Meyer-Lübke, Introducción a la lingüística románica. Trad. Esp. de la 3ª ed. alemana, Madrid, 1927.
- E. Bourciez, Eléments de linguistique romane. 4ª ed. Paris, 1946.
- A. Zauner, Romanische Sprachwissenschaft. 4ª ed. 2 t. Leipzig, 1921-1926.
- W. Meyer-Lübke, Grammaire des langues romanes. 4. t. Paris, 1890-1906.
- F. Savj-López, Le origini neolatine, Reimpr. Milán, 1948. Trad. Esp.: "Orígenes neolatinos", Barcelona, 1935.
- C. Tagliavini, Le origini delle lingue neolatine, 2ª ed. Bolonia, 1952.
- W. Meyer-Lübke, Die lateinische Sprache in den romanischen Ländern, (Grundriss Gröber, I, 3, A).
- W. von Wartburg, Die Entstehung der romanischen Völker, Halle, 1939. Trad. Fr.: "Les origines des peuples romans", París, 1941.
- W. von Wartburg, *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, Berna, 1950 (trad. esp. *La fragmentación lingüística de la Rumania*. Madrid, 1953).
- W. Meyer-Lübke, *Das Katalanische. Seine Stellung zum Spanischen und Provenzalischen*, Heidelberg, 1925.
- A. Alonso, "La subagrupación románica del catalán", en *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Madrid, 1951.
- A. Alonso, "Partición de las lenguas románicas de Occidente" (ibid).
- H. Meier, *Beiträge zur sprachlichen Gliederung der Pyrenäenhalbinsel*, Hamburgo, 1930.

H. Meier, *Die Entstehung der romanischen Sprachen und Nationen*, Frankfurt a. M., 1941.

H. Meier, "A formação da língua portuguesa" en *Ensaio de filologia românica*, Lisboa, 1948.

R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, 3ª ed., Madrid, 1950.

Apéndice bibliográfico:

A. Budinszky, *Die Ausbreitung der lateinischen Sprache mit besonderer Berücksichtigung des afrikanischen Latein*, Erlangen, 1882.

Löfstedt. E., *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae*, Leipzig, 1911.

Vielliard. J., *Le latin des diplômes royaux et chartes privées de l'époque mérovingienne*, París, 1927.

H. F. Muller, *A chronology of Vulgar Latin*, ZRPh Beih. 78, Halle, 1929.

Pei. M., *The language of the eight-century texts in Northern France*, Nueva York, 1932.

Norberg. D., *Syntaktische Forschungen auf dem Gebiete des Spätlateins und des frühen Mittelalters*, Uppsala, 1943.

H. F. Muller, *L'époque mérovingienne. essai de synthèse de philologie et d'histoire*, New York, 1945.

Politzer. R. L., *A study of the language of the eight century Lombardic documents*, 1949.

Politzer. R. L. - Politzer. F. N., *Romance trends in 7th and 8th century Latin documents*, Chapel Hill, 1953.

- Vossler, K., *Einführung ins Vulgärlatein*, Munich, 1954.
- H. Schmeck, *Aufgaben und Methoden der modernen vulgärlateinischen Forschung*, Heidelberg, 1955.
- G. Rohls, *Sermo vulgaris latinus. Vulgärlateinisches Lesebuch*, Tübingen, 1956.
- Löfstedt, E., *Syntactica. Studien und Beiträge zur Historischen Syntax des Lateinischen*, Lund, 1956<sup>2</sup>.
- E. Löfstedt, *Late Latin*, Oslo, 1959.
- Th. H. Maurer, *O problema do latim vulgar*, Rio de Janeiro, 1962.
- J. Sofer, *Zur Problematik des Vulgärlateins. Ergebnisse und Anregungen*, Wien, 1963.
- Haadsma, R. A., Nuchelmans, R., *Précis de latin vulgare*, Groningen, 1963.
- Beckmann, G. A., *Die Nachfolgekonstruktionen des instrumentalen Ablativs im Spätlatein und im Französische*, Tübingen 1963.
- Herman, J., *La formation du système roman des conjonctions de subordination*, Berlin, 1963
- Reichenkron, G., *Historische Latein-Altromanische Grammatik. I Teil. Das sogenannte Vulgärlatein und das Wesen der Romanisierung*, Wiesbaden, 1965.
- S. Avalle D'Arco, *Protostoria delle lingue romanze (dal sec. VII ai giuramenti di Strasburgo e con particolare riguardo al territorio gallo-romanzo)*, Torino, 1965.
- V. Väänänen, *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*, Berlin, 1965<sup>3</sup>.
- Väänänen, V., *Etude sur le texte et la langue des Tablettes Albertini*, Helsinki, 1965.

- E. Bourciez, *Éléments de linguistique romane*, Paris, 1967<sup>5</sup>.
- W. D. Elcock, *The Romance languages*, Londres, 1967<sup>4</sup>.
- I. Ordan, M. Manoliu, *Manual de lingüística románica*, revisión, reelaboración parcial y notas por M. Alvar, Madrid, 1972.
- J. Herman, *Le latin vulgaire*, Paris, 1970<sup>2</sup> (trad. esp. Barcelona, 1998).
- R. A. Hall Jr., *External history of the Romance languages*, New York / Amsterdam, 1974.
- Kontzi, R. (ed.), *Zur Entstehung der romanischen Sprachen*, Darmstadt, 1978.
- V. Väänänen, *Introduction au latin vulgaire*, Paris, 1981<sup>3</sup>.(trad. esp., Madrid, Gredos).
- Väänänen, V., *Recherches et créations latino-romanes*, Nápoles, 1981.
- R. Wright, *Late Latin and Early Romance in Sain and Carolingian France*, Liverpool, 1982.
- Lleal, C., *La formación de las lenguas romances peninsulares*, Barcelona, 1990.
- Herman, J., *Du latin aux langues romanes*, Tubinga, 1990.
- Banniard, M., *Viva voce: communication écrite et communication orale du IVE au IXe siècle en occident latin*, París, 1992.
- Wright, R., *Early Ibero-Romance, Studies on language and texts from the Iberian Peninsula between the Roman Empire and the Thirteenth Century*, Newark, 1994.
- Dardel, R. de. *A la recherche du protoroman*, Tubinga, 1996.
- La Fauzi, N., *Per una teoria grammaticale del mutamento morfosintattico. Dal latino verso il romanzo*, 1997, Pisa.

- Herman, J. (ed.), *La transizione dal latino alle lingue romanze*, Tubinga, 1998.
- R. Posner, *The Romance languages*, Cambridge 1996 (trad. esp. Madrid, 1998).
- Pocetti, P., Poli, D., Santini, C., *Una storia della lingua latina. Formazione, usi, comunicazione*, Roma, 1999.
- Müller, R., *Sprachbewusstsein und Sprachvariation im lateinischen Schrifttum der Antike*, Munich, 2001.
- Wright, R., *A sociophilological study of late Latin*, Turnhout, 2002.
- Adams, J. N., *Bilingualism and the Latin Language*, Cambridge, 2003.
- Metzeltin, M., *Las lenguas románicas estándar. Historia de su formación y uso*, Uviéu, 2004.
- Adams, J. N., *The Regional Diversification of Latin, 200 BC - AD 600*, Cambridge, 2007.
- Clackson, J., Horrocks, G., *The Blackwell History of the Latin Language*, Londres, 2007.
- Martin Maiden, John Charles Smith, Adam Ledgeway (eds.), *The Cambridge History of the Romance Languages: Volume 1, Structures*, Cambridge, 2010.
- Adams, J. N., *Social Variation and the Latin Language*, Cambridge, 2013.
- Martin Maiden, John Charles Smith, Adam Ledgeway (eds.), *The Cambridge History of the Romance Languages: Volume 2, Contexts*, Cambridge, 2013.

(SnrB)